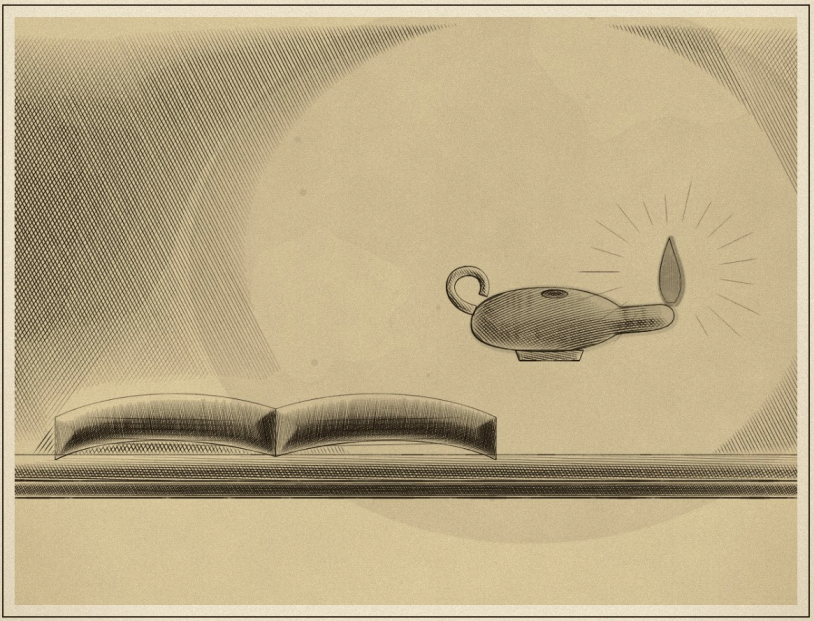
POEMAS DE AMADO NERVO

Amado Nervo



La lámpara encendida

MMXXVI

Poemas de Amado Nervo

Amado Nervo

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: textos originales de Amado Nervo (1870-1919), selección de poemas de sus distintos libros.

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

A Felipe Segundo
A la católica majestad de Paul Verlaine
A Leonor
A Némesis
A una francesa
Abanico
Amable y silencioso
¡Amémonos!
Andrógino
Anhelos
Apocalíptica
Autobiografía
Azrael
Brahma no piensa
Cobardía
Como el venero
Contigo
Dar
Deidad
Dentro de ti está el secreto
Después
Dios es amor
Dios hará lo demás
Dios te libre, poeta
Dormir
El alma y Cristo

El amor nuevo
El día que me quieras
El gran viaje
El metro de doce
El milagro
El primer beso
El primer sueño
El retorno
El secreto
El torbellino
En panne
En paz
Envío
Espacio y tiempo
¡Está bien!
Expectación
Éxtasis
Frente a Irlanda
Glosa
Gótica
Hay que
Homenaje
Homenaje a Espronceda
Hoy he nacido
Identidad
Incoherencias
Inmortalidad
Jaculatoria a la nieve

Jesús

Jubileo nupcial

Kalpa

La alegre canción de la mañana

La canción de flor de mayo

La diosa

La montaña

La puerta

La raza de bronce

La sombra del ala

Llénalo de amor

Lo más natural

Los cuatro coroneles de la reina

Los héroes niños de Chapultepec

Los niños mártires de Chapultepec

Los magueyes

Los sentidos

Los últimos

Los volcanes

Madrigal

Mar de la serenidad

Me levantaré e iré a mi padre

Mexicanas

Mi verso

Mis muertos

No le habléis de amor

No sé quién es...

Noche ártica

Nochebuena

Nocturno

Nupcias

Ofrecimiento

¡Oh, Cristo!

Panorama

Parábola

Pasas por el abismo de mis tristezas

Paz lunar

Perlas negras, cinco

Perlas negras, seis

Perlas negras, ocho

Perlas negras, doce

Perlas negras, veintitrés

Perlas negras, veintinueve

Perlas negras, treinta y tres

Perlas negras, cuarenta y dos

Por esa puerta

Pues busco, debo encontrar

Que se cumplan tus anhelos

¿Quién es Damiana?

Renunciación

Réquiem

Ródeuse

Sed

Señor, dame tu amor...

Si amas a Dios

¡Silencio!

Silenciosamente

Si tú me dices «ven»

Si una espina me hiere...

Sol

Sonetino

Soñar es ver

Tan rubia es la niña que...

Tanto amor

Tú

Tú

Una flor en el camino

Uno con Él

Via, veritas et vita

Vieja llave

Viejo estribillo

Y el Buda de basalto sonreía

Yo no soy demasiado sabio

Yo vengo de un brumoso país lejano

A Felipe Segundo

Ignoro qué corriente de ascetismo, qué relación, qué afinidad obscura enlazó tu tristura y mi tristura y adunó tu idealismo y mi idealismo; mas sé por intuición que un astro mismo surgió de nuestra noche en la pavura, y que en mí como en ti riñe la altura un combate mortal con el abismo.

¡Oh rey, eres mi rey! Hosco y sañudo también soy; en un mar de arcano duelo mi luminoso espíritu se pierde, y escondo como tú, soberbio y mudo, bajo el negro jubón de terciopelo, el cáncer implacable que me muerde.

A la católica majestad de Paul Verlaine

Para Rubén Darío.

Padre viejo y triste, rey de las divinas canciones: son en mi camino focos de una luz enigmática tus pupilas mustias, vagas de pensar y abstracciones, y el límpido y noble marfil de tu testa socrática.

Flota, como el tuyo, mi afán entre dos aguijones: alma y carne; y brega con doble corriente simpática para hallar la ubicua beldad con nefandas uniones, y después expía y gime con lira hierática.

Padre, tú que hallaste por fin el sendero, que, arcano, a Jesús nos lleva, dame que mi numen doliente virgen sea, y sabio, a la vez que radioso y humano.

Tu virtud lo libre del mal de la antigua serpiente, para que, ya salvos al fin de la dura pelea, laudemos a Cristo en vida perenne. Así sea.

A Leonor

Tu cabellera es negra como el ala del misterio; tan negra como un lóbrego jamás, como un adiós, como un «¡quién sabe!» Pero hay algo más negro aún: ¡tus ojos!

Tus ojos son dos magos pensativos, dos esfinges que duermen en la sombra, dos enigmas muy bellos... Pero hay algo, pero hay algo más bello aún: tu boca. Tu boca, ¡oh sí!; tu boca, hecha divinamente para el amor, para la cálida comunión del amor, tu boca joven; pero hay algo mejor aún: ¡tu alma!

Tu alma recogida, silenciosa, de piedades tan hondas como el piélago, de ternuras tan hondas... Pero hay algo, pero hay algo más hondo aún: ¡tu ensueño!

A Némesis

Tu brazo en el pensar me precipita, me robas cuanto el alma me recrea, y casi nada tengo flor que orea tu aliento de simún, se me marchita. Pero crece mi fe junto a mi cuita, y digo como el Justo de Idumea: Así lo quiere Dios, ¡bendito sea!;

El Señor me lo da y Él me lo quita. Que medre tu furor, nada me importa; Puedo todo en aquél que me conforta, y me resigno al duelo que me mata; Porque, roja visión en noche obscura, Cristo va por mi vía de amargura agitando su túnica escarlata.

A una francesa

El mal, que en sus recursos es proficuo, jamás en vil parodia tuvo empachos: Mefistófeles es un cristo oblicuo que lleva retorcidos los mostachos. Y tú, que eres unciosa como un ruego y sin mácula y simple como un nardo, tienes trágica crin dorada a fuego y amarillas pupilas de leopardo.

Abanico

Flamean coruscantes las chaquetillas, la luz sobre las ropas tiembla y resbala, y fingen pirotecnias las banderillas y auroras las bermejas capas de gala.

El sol arde en los gajos de las sombrillas, el clarín su alarido de muerte exhala, y el diestro, ante los charros y las mantillas, a la bestia que muge brinda y regala.

En tanto una damita, toda nerviosa, se cubre con las manos la faz hermosa que enmarcan los caireles de seda y oro, y entreabre en abanico los leves dedos, para ver tras aquella reja, sin miedos, cómo brota la noble sangre del toro.

Amable y silencioso

Amable y silencioso ve por la vida, hijo. Amable y silencioso como rayo de luna... En tu faz, como flores inmateriales, deben florecer las sonrisas. Haz caridad a todos de esas sonrisas, hijo. Un rostro siempre adusto es un día nublado es un paisaje lleno de hosquedad, es un libro en idioma extranjero.

Amable y silencioso ve por la vida, hijo. Escucha cuanto quieran decirte y tu sonrisa sea elogio, respuesta, objeción, comentario, advertencia y misterio...

¡Amémonos!

Si nadie sabe ni por qué reímos Ni por qué lloramos; Si nadie sabe ni por qué vinimos Ni por qué nos vamos; Si en un mar de tinieblas nos movemos; Si todo es noche en derredor y Arcano, ¡A lo menos amémonos! ¡quizá no sea en vano!

Andrógino

Por ti, por ti, clamaba cuando surgiste, infernal arquetipo, del hondo Erebo, con tus neutros encantos, tu faz de efebo, tus senos pectorales, y a mí viniste.

Sombra y luz, yema y polen a un tiempo fuiste, despertando en las almas el crimen nuevo, ya con virilidades de dios mancebo, ya con mustios halagos de mujer triste.

Yo te amé porque, a trueque de ingenuas gracias, tenias las supremas aristocracias: sangre azul, alma huraña, vientre infecundo; porque sabías mucho y amabas poco, y eras síntesis rara de un siglo loco y floración malsana de un viejo mundo.

Anhelos

La aurora es el fulgor de tu mirada... Cuando se pinta en el sereno río con tinta nacarada la bóveda serena y azulada, semeja tu sonrisa, Dueño mío! Las entreabiertas flores muestra en cada pétalo tus huellas... Los pájaros cantores dicen tu nombre, y con sin par fulgores lo escriben en el cielo las estrellas!

Dios, Dios por dondequiera!

Los mares, la montaña, la pradera la luz amarillenta de la luna, del viejo templo la grietosa ruina, los mirlos que se arrullan en la encina; la gaviota que cruza la laguna, todo me habla de ti, todo me advierte tu amor y tu ternura, y mi espíritu anhela ya por verte!

¿Qué me importa morir, si con la muerte encuentro tras la negra sepultura? Morir... y estar contigo... dulce esperanza, bienhechor abrigo donde mi corazón halla el consuelo que su ventura encierra! ¿Por qué peregrinar tanto en la tierra si la patria del alma está en el cielo?

Apocalíptica

Y juró, por el que vive en los siglos de los siglos, que no habrá más tiempo Y vi las sombras de los que fueron, en sus sepulcros, y así clamaron: «¡Ay de los vientres que concibieron! ¡Ay de los senos que amamantaron!»

«La noche asperja los cielos de oro; mas cada estrella del negro manto es una gota de nuestro lloro... ¿Verdad que hay muchas? ¡Lloramos tanto...! «¡Ay de los seres que se quisieron y en mala hora nos engendraron! ¡Ay de los vientres que concibieron! ¡Ay de los senos que amamantaron!»

Huí angustiado, lleno de horrores; pero la turba conmigo huía, y con sollozos desgarradores su ritornello feroz seguía. «¡Ay de los seres que se quisieron y en mala hora nos engendraron! ¡Ay de los vientres que concibieron! ¡Ay de los senos que amamantaron!»

Y he aquí los astros —chispas de fraguas del viejo Cosmos que descendían y, al apagarse sobre las aguas, en hiel y absintio las convertían. Y a los fantasmas su voz unieron los Siete Truenos: estremecieron el Infinito y así clamaron: «¡Ay de los vientres que concibieron! ¡Ay de los senos que amamantaron!»

Autobiografía

¿Versos autobiográficos? Ahí están mis canciones, allí están mis poemas: yo, como las naciones venturosas, y a ejemplo de la mujer honrada, no tengo historia: nunca me ha sucedido nada, ¡oh, noble amiga ignota!, qué pudiera contarte.

Allá en mis años mozos adiviné del Arte la armonía y el ritmo, caros al musageta, y, pudiendo ser rico, preferí ser poeta. —¿Y después? —He sufrido, como todos, y he amado. ¿Mucho? —Lo suficiente para ser perdonado.

Azrael

Now I must sleep ...

Byron To die, to sleep... to sleep... perchance to dreame.

Hamlet, iii, iv.

Azrael, abre tu ala negra, y honda, cobíjeme su palio sin medida, y que a su abrigo bienhechor se esconda la incurable tristeza de mi vida.

Azrael, ángel bíblico, ángel fuerte, ángel de redención, ángel sombrío, ya es tiempo que consagres a la muerte mi cerebro sin luz: altar vacío... Azrael, mi esperanza es una enferma; ya tramonta mi fe; llegó el ocaso, ven, ahora es preciso que yo duerma... ¿Morir..., dormir..., dormir...? ¡Soñar acaso!

Brahma no piensa

Ego sum quo sum Brahma no piensa: pensar limita. Brahma no es bueno ni malo, pues las cualidades en su infinita substancia huelgan. Brahma es lo que es. Brahma, en un éxtasis perenne, frío, su propia esencia mirando está. ¡Si duerme, el Cosmos torna al vacío; mas si despierta renacerá!

Cobardía

Pasó con su madre. ¡Qué rara belleza! ¡Qué rubios cabellos de trigo garzul! ¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realeza de porte! ¡Qué formas bajo el fino tul...! Pasó con su madre. Volvió la cabeza: ¡me clavó muy hondo su mirar azul!

Quedé como en éxtasis... Con febril premura, «¡Síguela!», gritaron cuerpo y alma al par. ...Pero tuve miedo de amar con locura, de abrir mis heridas, que suelen sangrar, ¡y no obstante toda mi sed de ternura, cerrando los ojos, la deje pasar!

Como el venero

Recibe el don del cielo, y nunca pidas nada a los hombres; pero da si puedes; da sonriendo y con amor, no midas jamás la magnitud de tus mercedes. Nada te debe aquél a quien le diste; por eso tú su gratitud esquiva.

Él fue quien te hizo bien, ya que pudiste ejercer la mejor prerrogativa, que es dar, y que a pocos Dios depara. Da, pues como el venero cristalino, que siempre brinda más del agua clara que le pide el sediento peregrino.

Contigo

Espíritu que no hallas tu camino, que hender quieres el cielo cristalino y no sabes qué rumbo has de seguir, y vas de tumbo en tumbo. llevado por la fuerza del destino: ¡Detente! Pliega el ala voladora:

¡buscas la luz y en ti llevas la aurora; recorres un abismo y otro abismo para encontrar al Dios que te enamora, y a ese Dios tú lo llevas en ti mismo!

¡Y el agitado corazón, latiendo, en cada golpe te lo está diciendo, y un misterioso instinto, de tu alma en el oscuro laberinto, te lo va noche a noche repitiendo! ...¡Mas tú sigues buscando lo que tienes! Dios.

En ti, de tus ansias es testigo; y, mientras pesaroso vas y vienes, como el duende del cuento, Él va contigo.

Dar

Todo hombre que te busca, va a pedirte algo. El rico aburrido, la amenidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil un estímulo; el que lucha, una ayuda moral. Todo hombre que te busca, de seguro va a pedirte algo. ¡Y tú osas impacientarte! ¡Y tú osas pensar:

«¡Qué fastidio!» ¡Infeliz! La ley escondida que reparte las excelencia se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes, la prerrogativa de las prerrogativas: ¡DAR!; ¡tú puedes DAR!

¡En cuantas horas tiene el día, tú das, aunque sea una sonrisa, aunque sea un apretón de manos, aunque sea una palabra de aliento! ¡En cuantas horas tiene el día, te pareces a ÉL, que no es sino dación perpetua, difusión perpetua y regalo perpetuo! Debieras caer de rodillas ante el Padre, y decirle:

«¡Gracias porque puedo dar, Padre mío; ¡nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia». ¡En verdad os digo que vale más dar que recibir!

Deidad

Como duerme la chispa en el guijarro y la estatua en el barro, en ti duerme la divinidad. Tan sólo en un dolor constante y fuerte al choque, brota de la piedra inerte el relámpago de la deidad.

No te quejes, por tanto, del destino, pues lo que en tu interior hay de divino sólo surge merced a él. Soporta, si es posible, sonriendo, la vida que el artista va esculpiendo, el duro choque del cincel.

¿Qué importan para ti las horas malas, si cada hora en tus nacientes alas pone una pluma bella más? Ya verás al cóndor en plena altura, ya verás concluida la escultura, ya verás, alma, ya verás...

Dentro de ti está el secreto

Busca dentro de ti la solución de todos los problemas, hasta de aquéllos que creas más exteriores y materiales. Dentro de ti está siempre el secreto; dentro de ti están todos los secretos.

Aun para abrirte camino en la selva virgen, aun para levantar un muro, aun para tender un puente, has de buscar antes, en ti, el secreto. Dentro de ti hay tendidos ya todos los puentes. Están cortadas dentro de ti las malezas y lianas que cierran los caminos.

Todas las arquitecturas están ya levantadas dentro de ti. Pregunta al arquitecto escondido; él te dará sus fórmulas.

Antes de ir a buscar el hacha de más filo, la piqueta más dura, la pala más resistente, entra en tu interior y pregunta... Y sabrás lo esencial de todos los problemas y se te enseñará la mejor de todas las fórmulas, y se te dará la más sólida de todas las herramientas.

Y acertarás constantemente, pues que dentro de ti llevas la luz misteriosa de todos los secretos.

Después

Te odio con el odio de la ilusión marchita: ¡Retírate! He bebido tu cáliz, y por eso mis labios ya no saben dónde poner su beso; mi carne, atormentada de goces, muere ahíta. Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena, Afrodita, cuanto he querido fuiste para mi afán avieso.

¿En dónde hallar espasmos, en dónde hallar exceso que al punto no me brinde tu perversión maldita? ¡Aléjate! Me invaden vergüenzas dolorosas, sonrojos indecibles del mal, rencores francos, al ver temblar la fiebre sobre tus senos rosas.

No quiero más que vibre la lira de tus flancos: déjame solo y triste llorar por mis gloriosas virginidades muertas entre tus muslos blancos.

Dios es amor

Si amor suspira el agua placentera, si amor dicen del ave las querellas, si con letras de fuego las estrellas amor van escribiendo por la esfera; si lo expresa la flor de la pradera que el sol a las cándidas centellas sus hojas abre porque deje en ellas el rocío de los cielos Primavera, si palpita el amor en cuanto existe, si todo lo publica en tono vario: las estrellas, los mares y las flores;

Dios que de la carne se reviste muriendo por el hombre en el Calvario, ¿no es la inmensa expresión de los amores?

Dios hará lo demás

¡Qué es inútil mi afán por conquistarte: que ni me quieres hoy ni me querrás...? Yo me contento, Amor, con adorarte: ¡Dios hará lo demás! Yo me contento, Amor, con sembrar rosas en el camino azul por donde vas. Tú sin mirarlas, en su senda posas el pie: ¡Quizás mañana las veras!

Yo me contento, Amor, con sembrar rosas ¡Dios hará lo demás!

Dios te libre, poeta

Dios te libre, poeta, de verter en el cáliz de tu hermano la más pequeña gota de amargura, Dios de libre poeta, de interceptar siquiera con tu mano la luz que el sol regale a una criatura.

Dios te libre, poeta, de escribir una estrofa que contriste; de turbar con tu ceño y tu lógica triste la lógica divina de un ensueño: de obstruir el sendero, la vereda que recorra la más humilde planta; de quebrantar la pobre hoja que rueda; de entorpecer, ni con el más suave de los pesos, el ímpetu de un ave o de un bello ideal que se levanta.

Ten, para todo júbilo, la santa sonrisa acogedora que lo aprueba: pon una nota nueva en toda voz que canta; y resta, por lo menos, un mínimo aguijón a cada prueba que torture a los malos y a los buenos.

Dormir

¡Yo lo que tengo, amigo, es un profundo deseo de dormir!... ¿Sabes?: el sueño es un estado de divinidad. El que duerme es un dios... Yo lo que tengo, amigo, es gran deseo de dormir.

El sueño es en la vida el solo mundo nuestro, pues la vigilia nos sumerge en la ilusión común, en el océano de la llamada «Realidad».

Despiertos vemos todos lo mismo: vemos la tierra, el agua, el aire, el fuego, las criaturas efímeras... Dormidos cada uno está en su mundo, en su exclusivo mundo: hermético, cerrado a ajenos ojos, a ajenas almas; cada mente hila su propio ensueño (o su verdad:

¡quién sabe! Ni el ser más adorado puede entrar con nosotros por la puerta de nuestro sueño.

Ni la esposa misma que comparte tu lecho y te oye dialogar con los fantasmas que surcan por tu espíritu mientras duermes, podría, aun cuando lo ansiara, traspasar los umbrales de ese mundo, de tu mundo mirífico de sombras. ¡Oh, bienaventurados los que duermen!

Para ellos se extingue cada noche, con todo su dolor el universo que diariamente crea nuestro espíritu. Al apagar su luz se apaga el cosmos. El castigo mayor es la vigilia: el insomnio es destierro del mejor paraíso... Nadie, ni el más feliz, restar querría horas al sueño para ser dichoso.

Ni la mujer amada vale lo que un dormir manso y sereno en los brazos de Aquél que nos sugiere santas inspiraciones... «El día es de los hombres; mas la noche, de los dioses», decían los antiguos. No turbes, pues, mi paz con tus discursos, amigo: mucho sabes; pero mi sueño sabe más... ¡Aléjate!

No quiero gloria ni heredad ninguna: yo lo que tengo, amigo, es un profundo deseo de dormir...

El alma y Cristo

Señor, ¿por qué si el mal y el bien adunas, para mi solo hay penas turbadoras? La noche es negra, pero tiene lunas; ¡el polo es triste, pero tiene auroras! El látigo fustiga, pero alienta; el incendio destruye, pero arde, ¡y la nube que fragua la tormenta se tiñe de arreboles en la tarde!

Cristo —¡Insensato! Yo estoy en tus dolores, soy tu mismo penar, tu duelo mismo; mi faz en tus angustias resplandece... se pueblan los espacios de fulgores y desgarra sus velos el abismo.

El alma,(embelesada) —¡Luz...!

Cristo ——Yo enciendo las albas.

El amor nuevo

Todo amor nuevo que aparece nos ilumina la existencia, nos la perfuma y enflorece. En la más densa oscuridad toda mujer es refulgencia y todo amor es claridad.

Para curar la pertinaz pena, en las almas escondida, un nuevo amor es eficaz; porque se posa en nuestro mal sin lastimar nunca la herida, como un destello en un cristal.

Como un ensueño en una cuna, como se posa en la ruina la piedad del rayo de la luna. como un encanto en un hastío, como en la punta de una espina una gotita de rocío... ¿Que también sabe hacer sufrir? ¿Que también sabe hacer llorar? ¿Que también sabe hacer morir?

—Es que tú no supiste amar...

El día que me quieras

El día que me quieras tendrá más luz que junio; la noche que me quieras será de plenilunio, con notas de Beethoven vibrando en cada rayo sus inefables cosas, y habrá juntas más rosas que en todo el mes de mayo. Las fuentes cristalinas irán por las laderas saltando cristalinas el día que me quieras.

El día que me quieras, los sotos escondidos resonarán arpegios nunca jamás oídos. Éxtasis de tus ojos, todas las primaveras que hubo y habrá en el mundo serán cuando me quieras.

Cogidas de la mano cual rubias hermanitas, luciendo golas cándidas, irán las margaritas por montes y praderas, delante de tus pasos, el día que me quieras... Y si deshojas una, te dirá su inocente postrer pétalo blanco: ¡Apasionadamente!

Al reventar el alba del día que me quieras, tendrán todos los tréboles cuatro hojas agoreras, y en el estanque, nido de gérmenes ignotos, florecerán las místicas corolas de los lotos.

El día que me quieras será cada celaje ala maravillosa; cada arrebol, miraje de «Las Mil y una Noches»; cada brisa un cantar, cada árbol una lira, cada monte un altar. El día que me quieras, para nosotros dos cabrá en un solo beso la beatitud de Dios.

El gran viaje

¿Quién será, en un futuro muy lejano, el Cristóbal Colón de algún planeta? ¡Quién logrará, con máquina potente, sondear el océano del éter, y llevarnos de la mano allí donde llegaran solamente los osados ensueños del poeta? ¿Quién será, en un futuro muy lejano, el Cristóbal Colón de algún planeta?

¿Y qué sabremos tras el viaje augusto? ¿Qué nos enseñaréis, humanidades de otras orbes, que giran en la divina noche silenciosa, y que acaso hace siglos que nos miran?

Espíritus a quienes las edades en su fluir robusto mostraron ya la clave portentosa de lo Bello y lo Justo, ¿cuál será la cosecha de verdades que déis al hombre, tras el viaje augusto? ¿Con qué luz nueva escrutará el arcano? ¡Oh la esencial revelación completa que fije nuevo molde al barro humano!

¿Quién será, en un futuro muy lejano, el Cristóbal Colón de algún planeta?

El metro de doce

El metro de doce son cuatro donceles, donceles latinos de rítmica tropa, son cuatro hijosdalgo con cuatro corceles; el metro de doce galopa, galopa... Eximia cuadriga de caso sonoro que arranca al guijarro sus chispas de oro, caballos que en crines de seda se arropan o al viento las tienden como pabellones; pegasos fantasmas, los cuatro bridones galopan, galopan, galopan, galopan... ¡Oh, metro potente, doncel soberano que montas nervioso bridón castellano cubierto de espumas perladas y blancas: apura la fiebre del viento en la copa y luego galopa, galopa, galopa, llevando en Ensueño prendido a tus ancas!

El metro de doce son cuatro garzones, garzones latinos de rítmica tropa; son cuatro hijosdalgo con cuatro bridones: el metro de doce galopa, galopa...

El milagro

¡Señor, yo te bendigo, porque tengo esperanza! Muy pronto mis tinieblas se enjoyaran de luz... Hay presentimiento de sol en lontananza; Mi frente, ayer marchita y obscura, se levanta hoy, aguardando el místico beso del ideal.

Mi corazón es nido celeste, donde canta el ruiseñor de Alfeo su canción de cristal. ...Dudé —¿por qué negarlo?—, y en las olas me hundía, como Pedro, a medida que más hondo dudé. Pero Tú me diste la diestra, y sonreía tu boca murmurando: «¡Hombre de poca fe!» ¡Qué mengua!

Desconfiaba de ti, como si fuese algo imposible al alma que espera en el Señor; como si quien demandara luz y amor, no pudiese recibirlos del Padre: fuente de luz y amor. Mas hoy, Señor, me humillo, y en sus crisoles fragua, una fe de diamantes mi excelsa voluntad.

La arena me dio flores, la roca me dio agua, me dio el simún frescura, y el tiempo eternidad.

El primer beso

Yo ya me despedía... Y palpitante cerca mi labio de tus labios rojos, «Hasta mañana», susurraste; yo te miré a los ojos un instante y tú cerraste sin pensar los ojos y te di el primer beso: alcé la frente iluminado por mi dicha cierta.

Salí a la calle alborozadamente mientras tú te asomabas a la puerta mirándome encendida y sonriente.

Volví la cara en dulce arrobamiento, y sin dejarte de mirar siquiera, salté a un tranvía en raudo movimiento; y me quedé mirándote un momento y sonriendo con el alma entera, y aún más te sonreí... Y en el tranvía a un ansioso, sarcástico y curioso, que nos miró a los dos con ironía, le dije poniéndome dichoso:

—«Perdóneme, Señor esta alegría.»

El primer sueño

Y un sueño viene a mí. Cruza la sala con vuelo de fantasmas, y se divulga un rumor ideal si bate el ala, y es tan puro como una colegiala vestidita de lino, que comulga: ¡La fe de mi niñez!

El segundo sueño Oigo un scherzo inefable, que el ánima me arroba, y otro sueño se acerca entre el disperso enjambre, y es azul: el primer verso que escribí, niño y trémulo, en mi alcoba...

El tercer sueño Y llega un sueño rosa —¡oh paraíso!—, y siento no sé qué dulces resabios. Es el beso primer que, de improviso, le dejé a una muchacha que me quiso, cierta noche de abril, entre los labios.

El cuarto sueño Y luego un sueño púrpura ni el cielo tan vivo luce cuando el sol navega... Le conozco muy bien: ¡el primer celo! ¡Mas si ya no sé odiar, si ya el Otelo murió en mi corazón! ¡Qué tarde llega!

El retorno

«Vivir sin tus caricias es mucho desamparo; vivir sin tus palabras es mucha soledad; vivir sin tu amoroso mirar, ingenuo y claro, es mucha oscuridad...»

Vuelvo pálida novia, que solías mi retorno esperar tan de mañana, con la misma canción que preferías y la misma ternura de otros días y el mismo amor de siempre, a tu ventana.

Y elijo para verte, en delicada complicidad con la Naturaleza, una tarde como ésta: desmayada en un lecho de lilas, e impregnada de cierta aristocrática tristeza.

¡Vuelvo a ti con los dedos enlazados en actitud de súplica y anhelo —como siempre—, y mis labios no cansados de alabarte, y mis ojos obstinados en ver los tuyos a través del cielo! Recíbeme tranquila, sin encono, mostrando el deje suave de una hermana; murmura un apacible:

«Te perdono», y déjame dormir con abandono, en tu noble regazo, hasta mañana...

El secreto

Hay en tus ojos azules un gran secreto escondido, y hay al mirarte, señora, una pregunta en los míos... ¿Cuál es la pregunta? ¿Cuál es el secreto? ¡Yo lo sé de sobra, pero no lo digo!

Tú bien que lo sabes, pero te lo callas... Digámoslo entrambos, si te place, a un mismo tiempo y de manera que nadie lo escuche: con los trémulos labios unidos...

El torbellino

«Espíritu que naufraga en medio de un torbellino, porque manda mi destino que lo que no quiero haga; »frente al empuje brutal de mi terrible pasión, le pregunto a mi razón dónde están el bien y el mal; »quién se equivoca, quién yerra; la conciencia, que me grita:

¡Resiste!, llena de cuita, o el titán que me echa en tierra. »Si no es mío el movimiento gigante que me ha vencido, ¿por qué, después de caído, me acosa el remordimiento?

La peña que fue de cuajo arrancada y que se abisma, no se pregunta a sí misma por qué cayó tan abajo; mientras que yo, ¡miserable!, si combato, soy vencido, y si caigo, ya caído aún me encuentro culpable, ¡y en el fondo de mi mal, ni el triste consuelo siento de que mi derrumbamiento fue necesario y fatal!»

Así, lleno de ansiedad un hermano me decía, y yo le oí con piedad, pensando en la vanidad de toda filosofía..., y clamé, después de oír «¡Oh, mi sabio no saber, mi elocuente no argüir, mi regalado sufrir, mi ganancioso perder!»

En panne

Atiborrado de filosofía, por culpa del afán que me devora, yo, que ya me sabía dos gramos del vivir, nada sé ahora. De tanto preguntar el camino a los sabios que pasaban, me quedé sin llegar, mientras tantos imbéciles llegaban...

En paz

Artifex vitae, artifex sui.

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, vida, porque nunca me diste ni esperanza fallida, ni trabajos injustos, ni pena inmerecida; porque veo al final de mi rudo camino que yo fui el arquitecto de mi propio destino; que si extraje la miel o la hiel de las cosas, fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas: cuando planté rosales coseché siempre rosas.

Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno: ¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno! Hallé sin duda largas las noches de mis penas; mas no me prometiste tan sólo noches buenas; y en cambio tuve algunas santamente serenas... Amé, fui amado, el sol acarició mi faz. ¡Vida, nada me debes!

¡Vida, estamos en paz!

Envío

La canción que me pediste, la compuse y aquí está; cántala bajito y triste: ella duerme (para siempre); la canción la arrullará. Cántala bajito y triste, cántala...

Espacio y tiempo

esta cárcel, estos hierros en que el alma está metida.

Santa Teresa.

Espacio y tiempo, barrotes de la jaula en que el ánima, princesa encantada, está hilando, hilando cerca de las ventanas de los ojos (las únicas aberturas por donde suele asomarse, lánguida).

Espacio y tiempo, barrotes de la jaula; ya os romperéis, y acaso muy pronto, porque cada mes, hora, instante, os mellan, ¡y el pájaro de oro acecha una rendija para tender las alas! La princesa, ladina, finge hilar; pero aguarda que se rompa una reja... En tanto, a las lejanas estrellas dice:

«Amigas tendedme vuestra escala de la luz sobre el abismo.» Y las estrellas pálidas le responden: «¡Espera, espera, hermana, y prevén tus esfuerzos: ya tendemos la escala!»

¡Está bien!

Porque contemplo aún albas radiosas y hay rosas, muchas rosas, muchas rosas en que tiembla el lucero de Belén, y hay rosas, muchas rosas, muchas rosas gracias, ¡está bien! Porque en las tardes, con sutil desmayo, piadosamente besa el sol mi sien, y aun la transfigura con su rayo: gracias, ¡está bien!

Porque en las noches una voz me nombra (¡voz de quien yo me sé!), y hay un edén escondido en los pliegues de mi sombra: gracias, ¡está bien!

Porque hasta el mal en mí don es del cielo, pues que, al minarme va, con rudo celo, desmoronando mi prisión también; porque se acerca ya mi primer vuelo: gracias, ¡está bien!

Expectación

Siento que algo solemne va a llegar a mi vida. ¿Es acaso la muerte? ¿Por ventura el amor? Palidece mi rostro, mi alma está conmovida, y sacude mis miembros un sagrado temblor. Siento que algo sublime va a encarnar en mi barro en el mísero barro de mi pobre existir.

Una chispa celeste brotará del guijarro, y la púrpura augusta va el harapo a teñir. Siento que algo solemne se aproxima, y me hallo todo trémulo; mi alma de pavor llena está. Que se cumpla el destino, que Dios dicte su fallo, para oír la palabra que el abismo dirá.

Éxtasis

Cada rosa gentil ayer nacida, cada aurora que apunta entre sonrojos, dejan mi alma en el éxtasis sumida... ¡Nunca se cansan de mirar mis ojos el perpetuo milagro de la vida! Años ha que contemplo las estrellas en las diáfanas noches españolas y las encuentro cada vez mas bellas.

¡Años ha que en el mar, conmigo a solas, de las olas escucho las querellas y aún me pasma el prodigio de las olas! Cada vez hallo la Naturaleza más sobrenatural, más pura y santa.

Para mí, en rededor, todo es belleza: y con la misma plenitud me encanta la boca de la madre cuando reza que la boca del niño cuando canta. Quiero ser inmortal, con sed intensa, porque es maravilloso el panorama con que nos brinda la creación inmensa; porque cada lucero me reclama, diciéndome al brillar:

«¡Aquí se piensa, también, aquí se lucha, aquí se ama!»

Frente a Irlanda

¡Qué tristes las olas van a besar tu playa ignota, donde parece que flota toda la bruma de Ossián! ¿Saben acaso los mares el tormento de tu raza que, entre sollozos, abraza los Cristos de sus altares? Lo saben, y con querellas, Sus ondas ciñentes en coro... Irlanda, yo también lloro Tu servidumbre con ellas.

¿Qué quién soy? Niebla que amasa la vida, voz que se ahoga, un espíritu que boga y un pensamiento que pasa; que al pasar, el duelo ve en tu angustia faz impreso, te mira, te manda un beso y te dice... no sé qué. ¡Adiós Erín!

Yo, pequeño como soy, también escondo un sueño muerto... ¡tan hondo, tan hondo como tu sueño! Sólo que tú vivirás años de años, y tu anhelo tal vez cristalizarás, y yo soy hoja que vuelo nada más... ¡Ah! ¡nada más!

Glosa

Estoy triste y sereno ante el paisaje y desasido estoy de toda cosa, Ven, ya podemos emprender el viaje a través de la tarde misteriosa. Lleno parto de amores y de olvido: olvido inmenso para todo ultraje y amor inmenso a los que me han querido.

El mar finge un titán de azur, dormido... Estoy triste y sereno ante el paisaje.

Trabajé, padecí, fui peregrino resignado; en mi ruta borrascosa vi los bienes y males del destino como se ven las flores del camino, y desasido estoy de toda cosa... ¡Oh, mi Señor!, tu juicio no me asusta: ni llevo honores ni riquezas traje, y fue mi vida de pasión adusta.

Cuán serena la tarde y cuán augusta... ¡Ven, ya podemos emprender el viaje! Los astros, que nos miran de hito en hito, parecen, con pestaña luminosa, invitarnos al viaje que está escrito: ese viaje sereno al infinito, a través de la tarde misteriosa.

Gótica

Para balbino dávalos.

Solitario recinto de la abadía; tristes patios, arcadas de recias claves, desmanteladas celdas, capilla fría de historiados altares, de sillería de roble, domo excelso y obscuras naves; solitario recinto: ¡cuántas pavesas de amores que ascendieron hasta el pináculo donde mora el Cordero, guardan tus huesas...!

Heme aquí con vosotras, las abadesas de cruces pectorales y de áureo báculo... Enfermo de la vida, busco la plática con Dios, en el misterio de su santuario: tengo sed de idealismo... Legión extática, de monjas demacradas de faz hierática, decid: ¿aún vive Cristo tras el sagrario?

Levantaos del polvo, llenad el coro; los breviarios aguardan en los sitiales, que vibre vuestro salmo limpio y sonoro, en tanto que el Poniente nimba de oro las testas de los santos en los vitrales... ¡Oh claustro silencioso, cuántas pavesas de amores que ascendieron hasta el pináculo donde mora el Cordero, guardan tus huesas... Oraré mientras duermen las abadesas de cruces pectorales y de áureo báculo...

Hay que

Hay que andar por el camino posando apenas los pies; hay que ir por este mundo como quien no va por él. La alforja ha de ser ligera, firme el báculo ha de ser, y más firme la esperanza y más firme aún la fe.

A veces la noche es lóbrega; mas para el que mira bien siempre desgarra una estrella la ceñuda lobreguez.

Por último, hay que morir el deseo y el placer, para que al llegar la muerte a buscarnos, halle que ya estamos muertos del todo, no tenga nada que hacer y se limite a llevarnos de la mano por aquel sendero maravilloso que habremos de recorrer, libertados para siempre de tiempo y espacio. ¡Amén!

Homenaje

Ha muerto Rubén Darío, ¡el de las piedras preciosas!

Hermano, ¡cuántas noches tu espíritu y el mío, unidos para el vuelo, cual dos alas ansiosas, sondear quisieron ávidas el Enigma sombrío, más allá de los astros y de las nebulosas! Ha muerto Rubén Darío, ¡el de las piedras preciosas!

¡Cuántos años intensos junto al Sena vivimos, engarzando en el oro de un común ideal los versos juveniles que, a veces, brotar vimos como brotan dos rosas a un tiempo de un rosal!

Hoy tu vida, inquieta cual torrente bravío, en el Mar de las Causas desembocó; ya posas las plantas errabundas en el islote frío que pintó Böckin... ¡ya sabes todas las cosas! Ha muerto Rubén Darío, ¡el de las piedras preciosas!

Mis ondas rezagadas van de las tuyas; pero pronto en el insondable y eterno mar del todo se saciara mi espíritu de lo que saber quiero: del Cómo y del Porqué, de la Esencia y del Modo.

Y tú, como en Lutecia las tardes misteriosas en que pensamos juntos a la orilla del Río lírico, habrás de guiarme... Yo iré donde tu osas, para robar entrambos al musical vacío y al coro de los orbes sus claves portentosas... Ha muerto Rubén Darío, ¡el de las piedras preciosas!

Homenaje a Espronceda

Leído en la velada que el Ateneo de Madrid le consagró con motivo de su centenario. Al admirable poeta de «Las Ingenuas», Luis G. Urbina.

Yo tuve una prima como un lirio bella, como un mirlo alegre, como un alba fresca, rubia como una mañana abrileña. Amaba los versos aquella rapaza con predilecciones a su edad ajenas.

La música augusta del ritmo cantaba dentro de su espíritu como ignota orquesta; todo lo que un astro le dice a otro astro, todo lo que el cielo le dice a la tierra, todo lo que el alma pregunta a la Esfinge, todo lo que al alma la Esfinge contesta.

Pobre prima rubia, pobre prima buena; hace muchos años que duerme ese sueño del que ni los pájaros, alegres como ella, ni el viento que pasa, ni el agua que corre, ni el sol que derrocha vida, la recuerdan.

Yo suelo, en los días de la primavera, llevar a su tumba versos y violetas; versos y violetas, ¡lo que más amaba!

En torno a su losa riego las primeras, luego las estrofas recito que antaño su deleite eran: las más pensativas, las más misteriosas, las más insinuantes, las que son más tiernas; las que en sus pestañas, como en blonda de oro, ponían las joyas de lágrimas, trémulas, con diafanidades de beril hialino y oriente de perlas.

Se las digo bajo, bajito, inclinándome hacia donde yace, porque las entienda. Pobre prima rubia, ¡pero no responde! Pobre prima rubia, ¡pero no despierta!

Cierto día, una joven condiscípula, con mucho sigilo le prestó en la escuela un libro de versos musicales, hondos. ¡Eran los divinos versos de Espronceda!

Se los llevó a casa bajo el chal ocultos, y los escondimos, con sutil cautela, del padre y la madre, y hasta de su sombra; de la anciana tía, devota e ingenua, que sólo gustaba de jaculatorias y sólo entendía los versos de Trueba.

En aquellas tardes embermejecidas por conflagraciones de luz, en que bregan gigánticamente monstruos imprecisos del Apocalipsis o de las leyendas; de aquellas tardes que fingen catástrofes; en aquellas tardes en que el iris vuelca todos sus colores, en que el sol vacía toda su escarcela; en aquellas tardes del trópico, juntos los dos, en discreto rincón de la huerta, bajo de la trémula hospitalidad de nuestras palmeras, a fruto de extraños, vibrantes leíamos el Canto a Teresa.

¡Qué revelaciones nos hizo ese canto! Todas las angustias, todas las tristezas, todo lo insondable del amor, y todo lo desesperante de las infidencias: todo el doloroso mundo que gravita sobre el alma esclava que amó quimeras, del que puso estrellas en la frente amada, y al tornar a casa ya no encontró estrellas.

Todo el ansia loca de adorar en vano tan sólo a una sombra, tan sólo a una muerta; todos los despechos y las ironías del que se revuelca en zarzal de dudas y de escepticismos; todos los sarcasmos y las impotencias.

Y después, aquellas ágiles canciones de prosodia alada, de gracia ligera, que apenas si tocan el polvo del mundo con la orla de oro del brial de seda; que, como el albatros, se duermen volando que, como el albatros, volando despiertan:

La ideal canción del bravo Pirata que iba viento en popa, que iba a toda vela, y a quien por los mares nuestros pensamientos, como dos gaviotas, seguían de cerca;

Y la del Mendigo, cínico y osado, y la del Cosaco del Desierto, bélica, bárbara, erizada de ferrados hurras, que al oído suenan como los tropeles de potros indómitos con jinetes rubios, sobre las estepas... Pasaba don Félix, el de Montemar, con una aureola roja en su cabeza, satánico, altivo; luego, doña Elvira, «que murió de amor», en lirios envuelta.

¡Con cuántos prestigios de la fantasía ante nuestros ojos se alejaba tétrica! Y el Reo de muerte que el fatal instante, frente a un crucifijo, silencioso espera; y aquella Jarifa, cuya mano pálida la frente ardorosa del bardo refresca.

Poco de su Diablo Mundo comprendíamos; pero adivinábamos, como entre una niebla, símbolos enormes y filosofías que su Adán desnudo se llevaba a cuestas.

¡Oh mi gran poeta de los ojos negros!, ¡oh mi gran poeta de la gran melena!, ¡oh mi gran poeta de la frente vasta cual limpio horizonte!, ¡oh mi gran poeta!

Te debo las horas más inolvidables; y un día leyendo tu Canto a Teresa, muy juntos los ojos, muy juntos los labios, te debí también, cual Paolo a Francesca, un beso, el más grande que he dado en mi vida; un beso, más dulce que miel sobre hojuelas;

¡un beso florido que envolvió en perfumes toda mi existencia!

Un beso que, siento, eternizaría del duro Gianciotti la daga violenta, para que en la turba de almas infernales, como en la terrible página dantesca, fuera resonando por los anchos limbos, fuera restallando por la noche inmensa, y uniendo por siempre mi boca golosa con la boca de ella!

¡Oh, mi gran poeta de los ojos negros! ¡Quién hubiera dicho que yo te trajera, como pobre pago de los inefables éxtasis de entonces, esta humilde ofrenda!... ¡Oh, gallardo príncipe de la poesía!

Pero tú recíbela con la gentileza de un Midas que en oro todo lo transmuta; en claros diamantes mi abalorio trueca, y en los viles cobres de mis estrofillas, para acaudalarlos, engasta tus gemas.

Así tu memoria por los siglos dure, ¡oh, mi gran poeta de la gran melena!, ¡oh, mi gran poeta de los ojos negros! ¡oh, mi gran poeta!

Hoy he nacido

Cada día que pase, has de decirte: «¡Hoy he nacido! El mundo es nuevo para mí; la luz ésta que miro, hiere, sin duda, por la vez primera mis ojos límpidos; la lluvia que hoy desfleca sus cristales es mi bautismo.» «Vamos, pues, a vivir un vivir puro, un vivir nítido. Ayer, ya se perdió:

¿fui malo?, ¿bueno? ...Venga el olvido, y quede sólo, de ese ayer, la esencia, el oro íntimo de lo que amé y sufrí mientras marchaba por el camino»

«Hoy, cada instante, al bien y a la alegría, será propicio; y en la esencial razón de mi existencia, mi decidido afán, volcar la dicha sobre el mundo, verter el vino de la bondad sobre las bocas ávidas en redor mío.»

«Será mi sola paz la de los otros; su regocijo, su soñar mi ensueño; mi cristalino llanto, el que tiemble en los ajenos párpados; y mis latidos, los latidos de cuantos corazones palpiten en los orbes infinitos.» Cada día que pase, has de decirte: «¡Hoy he nacido!»

Identidad

Tat tuam asi.

(Tú eres esto: es decir, tú eres uno y lo mismo que cuanto te rodea; tú eres la cosa en sí) El que sabe que es uno con Dios, logra el Nirvana: un Nirvana en que toda tiniebla se ilumina; vertiginoso ensanche de la conciencia humana, que es sólo proyección de la Idea Divina en el Tiempo... El fenómeno, lo exterior, vano fruto de la ilusión, se extingue: ya no hay pluralidad, y el yo, extasiado, abísmase por fin en lo absoluto, ¡y tiene como herencia toda la eternidad!

Incoherencias

Para José I. Bandera.

Yo tuve un ideal, ¿en dónde se halla? Albergué una virtud, ¿por qué se ha ido? Fui templario, ¿do está mi recia malla? ¿En qué campo sangriento de batalla me dejaron así, triste y vencido? ¡Oh, Progreso, eres luz! ¿Por qué no llena su fulgor mi conciencia?

Tengo miedo a la duda terrible que envenena, y me miras rodar sobre la arena ¡y, cual hosca vestal, bajas el dedo!

¡Oh!, siglo decadente, que te jactas de poseer la verdad, tú que haces gala de que con Dios, y con la muerte pactas, devuélveme mi fe, yo soy un Chactas que acaricia el cadáver de su Atala... Amaba y me decías:

«analiza», y murió mi pasión; luchaba fiero con Jesús por coraza, triza a triza, el filo penetrante de tu acero.

¡Tengo sed de saber y no me enseñas; tengo sed de avanzar y no me ayudas; tengo sed de creer y me despeñas en el mar de teorías en que sueñas hallar las soluciones de tus dudas!

Y caigo, bien lo ves, y ya no puedo batallar sin amor, sin fe serena que ilumine mi ruta, y tengo miedo... ¡Acógeme, por Dios! Levanta el dedo, vestal, ¡que no me maten en la arena!

Inmortalidad

No no fue tan efímera la historia de nuestro amor: entre los folios tersos del libro virginal de tu memoria, como pétalo azul está la gloria doliente, noble y casta de mis versos. No puedes olvidarme: te condeno a un recuerdo tenaz.

Mi amor ha sido lo más alto en tu vida, lo más bueno; y sólo entre los légamos y el cieno surge el pálido loto del olvido.

Me verás dondequiera: en el incierto anochecer, en la alborada rubia, y cuando hagas labor en el desierto corredor, mientras tiemblan en tu huerto los monótonos hilos de la lluvia. ¡Y habrás de recordar! Ésa es la herencia que te da mi dolor, que nada ensalma.

¡Seré cumbre de luz en tu existencia, y un reproche inefable en tu conciencia y una estela inmortal dentro de tu alma!

Jaculatoria a la nieve

¡Qué milagrosa es la Naturaleza! Pues, ¿no da luz la nieve? Inmaculada y misteriosa, trémula y callada, paréceme que mudamente reza al caer... ¡Oh nevada!: tu ingrávida y glacial eucaristía hoy del pecado de vivir me absuelva y haga que, como tú, mi alma se vuelva fúlgida, blanca, silenciosa y fría.

Jesús

Jesús no vino al mundo de «los cielos». Vino del propio fondo de las almas; de donde anida el yo: de las regiones internas del Espíritu. ¿Por qué buscarle encima de las nubes? Las nubes no son el trono de los dioses. ¿Por qué buscarle en los candentes astros?

Llamas son como el sol que nos alumbra, orbes, de gases inflamados... Llamas nomás. ¿Por qué buscarle en los planetas? Globos son como el nuestro, iluminados por una estrella en cuyo torno giran. Jesús vino de donde vienen los pensamientos más profundos y el más remoto instinto.

No descendió: emergió del océano sin fin del subconsciente; volvió a él, y ahí está, sereno y puro. Era y es un eón. El que se adentra osado en el abismo sin playas de sí mismo, con la luz del amor, ése le encuentra.

Jubileo nupcial

Son un joyel y un emblema de los más puros y bellos; son, en tus sienes destellos de la más rica diadema. ¡De tu intima y noble historia son veinticinco eslabones; son veinticinco escalones para llegar a la gloria!

Son veinticinco claveles de fe, de alegría y paz... y juntos, forman un haz que destila ricas mieles... ¡Feliz tú que siempre fijos en nosotros tus cuidados, como retoños preciados ves florecer a tus hijos! Todos ¡Madre! te decimos con el más dulce reclamo, y para formar un ramo en torno a ti nos reunimos.

Y con la dulce cantiga de amor que en nosotros arde, rogamos «¡Dios te bendiga, madre amada, Dios te guarde...!

Kalpa

—¿Queréis que todo esto vuelva a empezar? —Sí —responden a coro. Also Sprach Zarathustra.

En todas las eternidades que a nuestro mundo precedieron, ¿cómo negar que ya existieron planetas con humanidades; y hubo Homeros que describieron las primeras heroicidades, y hubo Shakespeares que ahondar supieron del alma en las profundidades?

Serpiente que muerdes tu cola, inflexible círculo, bola negra, que giras sin cesar, refrán monótono del mismo canto, marea del abismo, ¿sois cuento de nunca acabar?...

La alegre canción de la mañana

Llegó la luz serena, y a levantarme voy. La noche se aleja como una gran pena; ¡qué alegre que estoy! —Los pájaros en coro cantan sus alegrías; las jaulas vibran como arpas de oro. Hermanos pájaros ¡muy buenos días!

—Las gotas de rocío comienzan a temblar cual si tuviesen frío; las rosas más hermosas del jardincito mío con esos mil diamantes van a hacerse un collar. —El hilo del agua, la trémula brisa, sus más alegres cosas empiezan a decir. El cielo resplandece como una gransonrisa... ¡qué bello es vivir!

La canción de flor de mayo

Flor de mayo como un rayo de la tarde se moría... Yo te quise, Flor de Mayo, tú lo sabes; ¡pero Dios no lo quería! Las olas vienen, las olas van, cantando vienen, cantando irán. Flor de Mayo ni se viste ni se alhaja ni atavía; ¡Flor de Mayo está muy triste!

¡Pobrecita, pobrecita vida mía! Cada estrella que palpita, desde el cielo le habla así: «Ven conmigo, Florecita, brillarás en la extensión igual a mí» Flor de Mayo, con desmayo, le responde: «¡Pronto iré!» Se nos muere Flor de Mayo, ¡Flor de Mayo, la Elegida, se nos fue!

Las olas vienen, las olas van, cantando vienen, llorando irán... «¡No me dejes!» yo le grito: «¡No te vayas dueño mío, el espacio es infinito y es muy negro y hace frío, mucho frío!» Sin curarse de mi empeño, Flor de Mayo se alejó, Y en la noche, como un sueño misteriosamente triste se perdió.

Las olas vienen, las olas van, cantando vienen, ¡ay, cómo irán! Al amparo de mi huerto una sola flor crecía: Flor de Mayo, y se me ha muerto... Yo la quise, ¡pero Dios no lo quería!

La diosa

Cuando todos se marchen, tú llegarás callada. Nadie verá tu rostro, nadie te dirá nada. Pasarán, distraídos, con el alma asomada a los cinco sentidos. Espiando tu llegada, yo seré todo ojos, yo seré todo oídos.

Tu hermosura divina no tentará el anhelo de esa caterva obscura, que nunca alzó los ojos para mirar al cielo, ni con trémulas manos quiso apartar el velo que cubre tu hermosura.

Tu mirada, espaciosa como el mar, y tus labios, de donde sólo fluyen, cual versos de poetas eternos, las verdades que allá en las soledades persiguieron los sabios y oyeron los ascetas. serán para mí, únicamente, Diosa; nomás yo besaré, temblando, la orla de la túnica que encubre las sagradas bellezas que me das.

En tanto, la manada seguirá en su balido de amor y de deseo... Después se irá, apretada y espesa, hacia el establo del deleite prohibido, y a ti, la incomparable, nadie te dirá nada; nadie te habrá advertido.

La montaña

Desde que no persigo las dichas pasajeras, muriendo van en mi alma temores y ansiedad: la Vida se me muestra con amplias y severas perspectivas, y siento que estoy en las laderas de la montaña augusta de la serenidad.

Comprendo al fin el vasto destino de las cosas; si escuchar en silencio lo que en redor de mí murmuran piedras, árboles, ondas, auras y rosas... Y advierto que me cercan mil formas misteriosas que nunca presentí.

Distingo un santo sello sobre todas las frentes: un divino me fecit Deus, por dondequier; y noto que me hacen signos inteligentes las estrellas, arcano de las noches fulgurentes, y las flores, que ocultan enigmas de mujer.

La Esfinge, ayer adusta, tiene hoy ojos serenos; en su boca de piedra florece un sonreír cordial, y hay en la comba potente de sus senos blanduras de almohada para mis miembros, llenos a veces de la honda laxitud del vivir.

Mis labios, antes pródigos de versos y canciones, ahora experimentan el deseo de dar ánimo a quien desmaya, de verter bendiciones, de ser caudal perenne de aquellas expresiones que saben consolar.

Finé mi humilde siembra; las mieses en las eras empiezan a dar fruto de amor y caridad; se cierne un gran sosiego sobre mis sementeras; mi andar es firme... ¡Y siento que estoy en las laderas de la montaña augusta de la Serenidad!

La puerta

Por esa puerta huyó, diciendo: «¡nunca!» Por esa puerta ha de volver un día... Al cerrar esa puerta, dejó trunca la hebra de oro de la esperanza mía. Por esa puerta ha de volver un día.

Cada vez que el impulso de la brisa, como una mano débil, indecisa, levemente sacude la vidriera palpita más aprisa, más aprisa mi corazón cobarde que la espera. Desde mi mesa de trabajo veo la puerta con que sueñan mis antojos, y acecha agazapado mi deseo en el trémulo fondo de sus ojos.

¿Por cuánto tiempo, solitario, esquivo he de aguardar con la mirada incierta a que Dios me devuelva compasivo a la mujer que huyó por esa puerta?

¿Cuando habrán de temblar esos cristales empujados por sus manos ducales y, con su beso ha de llegarme ella cual me llega en las noches invernales el ósculo piadoso de una estrella? ¡Oh, Señor!, ya la Pálida esta alerta: ¡Oh, Señor!, ¡cae la tarde ya en mi vía y se congela mi esperanza yerta!

¡Oh, Señor!, ¡haz que se abra al fin la puerta y entre por ella la adorada mía! ¡Por esa puerta ha de volver un día!

La raza de bronce

Leyenda heroica dicha el 19 de julio de 1902, en la Cámara de Diputados, en honor de Juárez.

Señor, deja que diga la gloria de tu raza, la gloria de los hombres de bronce, cuya maza melló de tantos yelmos y escudos la osadía: ¡oh caballeros tigres!, oh caballeros leones!, ¡oh caballeros águilas!, os traigo mis canciones; ¡oh enorme raza muerta!, te traigo mi elegía.

Aquella tarde, en el Poniente augusto, el crepúsculo audaz era en una pira como de algún atrida o de algún justo; llamarada de luz o de mentira que incendiaba el espacio, y parecía que el sol al estrellar sobre la cumbre su mole vibradora de centellas, se trocaba en mil átomos de lumbre, y esos átomos eran las estrellas.

Yo estaba solo en la quietud divina del Valle. ¿Solo? ¡No! La estatua fiera del héroe Cuauhtémoc, la que culmina disparando su dardo a la pradera, bajo del palio de pompa vespertina era mi hermana y mi custodio era.

Cuando vino la noche misteriosa —jardín azul de margaritas de oro— y calló todo ser y toda cosa, cuatro sombras llegaron a mí en coro; cuando vino la noche misteriosa —jardín azul de margaritas de oro.

Llevaban una túnica esplendente, y eran tan luminosamente bellas sus carnes, y tan fúlgida su frente, que prolongaban para mí el Poniente y eclipsaban la luz de las estrellas. Eran cuatro fantasmas, todos hechos de firmeza, y los cuatro eran colosos y fingían estatuas, y sus pechos radiaban como bronces luminosos.

Y los cuatro entonaron almo coro... Callaba todo ser y toda cosa; y arriba era la noche misteriosa jardín azul de margaritas de oro.

Ante aquella visión que asusta y pasma, yo, como Hamlet, mi doliente hermano, tuve valor e interrogué al fantasma; mas mi espada temblaba entre mi mano. —¿Quién sois vosotros, exclamé, que en presto giro bajáis al Valle mexicano? Tuve valor para decirles esto; mas mi espada temblaba entre mi mano. —¿Qué abismo os engendró?

¿De qué funesto limbo surgís? ¿Sois seres, humo vano? Tuve valor para decirles esto; mas mi espada temblaba entre mi mano. —Responded, continué. Miradme enhiesto y altivo y burlador ante el arcano. Tuve valor para decirles esto; ¡mas mi espada temblaba entre mi mano...!

Y un espectro de aquéllos, con asombros vi que vino hacia mí, lento y sin ira, y llevaba una piel sobre los hombros y en las pálidas manos una lira; y me dijo con voces resonantes y en una lengua rítmica que entonces comprendí: —«¿Que quiénes somos?

Los gigantes de una raza magnífica de bronces. »Yo me llamé Netzahualcóyotl y era rey de Texcoco; tras de lid artera, fui despojado de mi reino un día, y en las selvas erré como alimaña, y el barranco y la cueva y la montaña me enseñaron su augusta poesía. »Torné después a mi sitial de plumas, y fui sabio y fui bueno; entre las brumas del paganismo adiviné al Dios Santo; le erigí una pirámide, y en ella, siempre al fulgor de la primera estrella y al son del huéhuetl, le elevé mi canto.»

Y otro espectro acercóse; en su derecha levaba una macana, y una fina saeta en su carcaj, de ónix hecha; coronaban su testa plumas bellas, y me dijo:

—«Yo soy Ilhuicamina, sagitario del éter, y mi flecha traspasa el corazón de las estrellas. »Yo hice grande la raza de los lagos, yo llevé

la conquista y los estragos a vastas tierras de la patria andina, y al tornar de mis bélicas porfías traje pieles de tigre, pedrerías y oro en polvo... ¡Yo soy Ilhuicamina!»

Y otro espectro me dijo: —«En nuestros cielos las águilas y yo fuimos gemelos: ¡Soy Cuauhtémoc! Luchando sin desmayo caí... ¡porque Dios quiso que cayera!

Mas caí como águila altanera: viendo al sol, y apedreada por el rayo. »El español martirizó mi planta sin lograr arrancar de mi garganta ni un grito, y cuando el rey mi compañero temblaba entre las llamas del brasero:

—¿Estoy yo, por ventura, en un deleite?, le dije, y continué, sañudo y fiero, mirando hervir mis pies en el aceite...»

Y el fantasma postrer llegó a mi lado: no venía del fondo del pasado como los otros; mas del bronce mismo era su pecho, y en sus negros ojos fulguraba, en vez de ímpetus y arrojos, la tranquila frialdad del heroísmo.

Y parecióme que aquel hombre era sereno como el cielo en primavera y glacial como cima que acoraza la nieve, y que su sino fue, en la Historia, tender puentes de bronce entre la gloria de la raza de ayer y nuestra raza. Miróme con su límpida mirada, y yo le vi sin preguntarle nada.

Todo estaba en su enorme frente escrito: la hermosa obstinación de los castores, la paciencia divina de las flores y la heroica dureza del granito... ¡Eras tú, mi Señor; tú que soñando estás en el panteón de San Fernando bajo el dórico abrigo en que reposas; eras tú, que en tu sueño peregrino, ves marchar a la Patria en su camino rimando risas y regando rosas!

Eras tú, y a tus pies cayendo al verte: —Padre, te murmuré, quiero ser fuerte: dame tu fe, tu obstinación extraña; quiero ser como tú,

firme y sereno; quiero ser como tú, paciente y bueno; quiero ser como tú, nieve y montaña. Soy una chispa; ¡enséñame a ser lumbre! Soy un guijarro;

¡enséñame a ser cumbre! Soy una linfa: ¡enséñame a ser río! Soy un harapo: ¡enséñame a ser gala! Soy una pluma: ¡enséñame a ser ala, y que Dios te bendiga, padre mío!

Y hablaron tus labios, tus labios benditos, y así respondieron a todos mis gritos, a todas mis ansias:

—«No hay nada pequeño, ni el mar ni el guijarro, ni el sol ni la rosa, con tal de que el sueño, visión misteriosa, le preste sus nimbos, ¡y tú eres el sueño! »Amar, ¡eso es todo!; querer, ¡todo es eso!

Los mundos brotaron el eco de un beso, y un beso es el astro, y un beso es el rayo, y un beso la tarde, y un beso la aurora, y un beso los trinos del ave canora que glosa las fiestas divinas de Mayo. »Yo quise a la Patria por débil y mustia, la Patria me quiso con toda su angustia, y entonces nos dimos los dos un gran beso; los besos de amores son siempre fecundos; un beso de amores ha creado los mundos; amar... ¡eso es todo!; querer... ¡todo es eso!»

Así me dijeron tus labios benditos, así respondieron a todos mis gritos, a todas mis ansias y eternos anhelos. Después, los fantasmas volaron en coro, y arriba los astros —poetas de oro— pulsaban la lira de azur de los cielos.

Mas al irte, Señor, hacia el ribazo donde moran las sombras, un gran lazo dejabas, que te unía con los tuyos, un lazo entre la tierra y el arcano, y ese lazo era otro indio: Altamirano; bronce también, mas bronce con arrullos.

Nos le diste en herencia, y luego, Juárez, te arropaste en las noches tutelares con tus amigos pálidos; entonces, comprendiendo lo eterno de tu ausencia, repitieron mi labio y mi conciencia: —Señor,

alma de luz, cuerpo de bronce. Soy una chispa; ¡enséñame a ser lumbre! Soy un guijarro; ¡enséñame a ser cumbre! Soy una linfa:

¡enséñame a ser río! Soy un harapo: ¡enséñame a ser gala! Soy una pluma: ¡enséñame a ser ala, ¡y que Dios te bendiga, padre mío! Tú escuchaste mi grito, sonreíste y en la sombra infinita te perdiste cantando con los otros almo coro.

Callaba todo ser y toda cosa; y arriba era la noche misteriosa jardín azul de margaritas de oro...

La sombra del ala

Tú que piensas que no creo cuando argüimos los dos, no imaginas mi deseo, mi sed, mi hambre de Dios; ni has escuchado mi grito desesperante, que puebla la entraña de la tiniebla invocando al Infinito; ni ves a mi pensamiento, que empañado en producir ideal, suele sufrir torturas de alumbramiento.

Si mi espíritu infecundo tu fertilidad tuviese, forjado ya un cielo hubiese para completar su mundo. Pero di, qué esfuerzo cabe en un alma sin bandera que lleva por dondequiera tu torturador ¡quién sabe!; que vive ayuna de fe y, con tenaz heroísmo, va pidiendo a cada abismo y a cada noche un ¿porqué?

De todas suertes, me escuda mi sed de investigación, mi ansia de Dios, honda y muda; y hay más amor en mi duda que en tu tibia afirmación.

Llénalo de amor

Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor. Adolescente, joven, viejo: siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor. En cuanto sepas que tienes delante de ti un tiempo baldío, ve a buscar amor. No pienses: Sufriré. No pienses: Me engañarán. No pienses: Dudaré.

Ve, simplemente, diáfanamente, regocijadamente, en busca del amor. ¿Qué índole de amor? No importa. Todo amor está lleno de excelencia y de nobleza. Ama como puedas, ama a quien puedas, ama todo lo que puedas... pero ama siempre. No te preocupes de la finalidad del amor. Él lleva en sí mismo su finalidad.

No te juzgues incompleto porque no responden a tus ternuras; el amor lleva en sí su propia plenitud. Siempre que haya un hueco en tu vida, ¡llénalo de amor!

Lo más natural

Me dejaste —como ibas de pasada— lo más inmaterial que es tu mirada. Yo te dejé —como iba tan de prisa— lo más inmaterial, que es mi sonrisa. Pero entre tu mirada y mi risueño rostro quedó flotando el mismo sueño.

Los cuatro coroneles de la reina

La reina tenía cuatro coroneles: un coronel blanco, y un coronel rojo, y un coronel negro, y un coronel verde.

El coronel blanco nunca fue a la guerra; montaba la guardia cuando los banquetes, cuando los bautizos y cuando las bodas; usaba uniforme de blancos satenes; cruzaban su pecho brandeburgos de oro, y bajo su frente, que la gran peluca nívea ennoblecía, sus límpidos ojos azules celeste brillaban, mostrando los nobles candores de un adolescente.

El coronel rojo, siempre fue a la guerra con sus mil jinetes o llevando antorchas en las cacerías, con ella pasaba cual visión de fiebre.

Un yelmo de oro con rojo penacho cubría sus sienes; una capa flotante de púrpura al cuello ceñía con vivos joyeles, y su estoque ostentaba en el puño enorme carbúnculo ardiente.

El coronel negro para las tristezas, los duelos y las capillas ardientes; para erguirse cerca de los catafalcos y a las hondas criptas descender solemne, prescindiendo mudas filas de alabardas, tras los ataúdes de infantes y reyes.

Mas cuando la reina dejaba el alcázar, futuro de todos, recelosa y leve; cuando por las tardes, en su libro de horas, minado por dedos de monjes pacientes, murmuraba rezos tras de los vitrales; cuando en el reposo de los escabeles bordaba rubíes sobre los damascos, mientras la tediosa cauda de los meses pasaba arrastrando sus mayos floridos, sus julios quemantes, sus grises diciembres; cuando en el ensueño sumergía su alma, silencioso, esquivo, a la guardia siempre con la mano puesta sobre el fino estoque, el coronel verde... El coronel verde llevaba en su pecho vivo coselete color de cantárida; fijaba en

su reina ojos de batracio, destilando fiebre; trémula esmeralda lucía en su dedo, menos que sus crueles miradas de ópalo, henchidas de arcanos y sabiduría, como de serpiente... Y desde que el orto sus destellos lanza hasta que en ocaso toda luz se pierde, quizás como un símbolo, como una esperanza, ¡iba tras la reina su coronel verde!

Los héroes niños de Chapultepec

—Como renuevos cuyos aliños un cierzo helado destruye en flor así cayeron los héroes niños ante las balas del invasor. —Fugaz como un sueño, el plazo fue, de su infancia ideal; mas los durmió en su regazo la Gloria, madre inmortal.

Pronto la patria querida sus vidas necesitó, y uno tras otro la vida sonriendo le entregó. En la risueña colina del Bosque, uno de otro en pos cayeron, con la divina majestad de un joven dios. ¿Quién, después que de tan pía oblación contar oyó, a la Patria negaría la sangre que ella le dio?

Niñez que hallaste un calvario de la vida en el albor: que te sirva de sudario la bandera tricolor. Y que canten tus hazañas cielo y tierra sin cesar, el cóndor de las montañas y las ondas de la mar...

Los niños mártires de Chapultepec

Como renuevos cuyos aliños un viento helado marchita en flor, así cayeron los héroes niños ante las balas del invasor. Allí fue... los sabinos la cimera con sortijas de plata remecían; cantaba nuestra eterna primavera su himno al sol: era diáfana la esfera; perfumaba la flor... ¡y ellos morían!

Allí fue... los volcanes en sus viejos albornoces de nieve se envolvían, perfilando sus moles a lo lejos; era el valle una fiesta de reflejos, de frescura, de luz... ¡y ellos morían!

Allí fue... Saludaba al mundo el cielo, y al divino saludo respondían los árboles, la brisa, el arroyuelo, los nidos con su trino del polluelo, las rosas con su olor ...¡y ellos morían!

Morían cuando apenas el enhiesto botón daba sus pétalos precoces, privilegiados por la suerte en esto: que los que aman los dioses mueren presto ¡y ellos eran amados de los dioses!

Sí, los dioses la linfa bullidora cegaban de esos puros manantiales, espejos de las hadas y de Flora, y juntaban la noche con la aurora como pasa en los climas boreales.

Los dioses nos robaron el tesoro de esas almas de niños que se abrían a la vida y al bien, cantando en coro... Allí fue... la mañana era de oro, Septiembre estaba en flor... ¡y ellos morían!

Como renuevos cuyos aliños un viento helado marchita en flor, así cayeron los héroes niños ante las balas del invasor. No fue su muerte conjunción febea ni puesta melancólica de Diana. sino eclipse de Vésper, que recrea los cielos con su luz, y parpadea y cede ante el fulgor de la mañana.

Morir cuando la tumba nos reclama, cuando la dicha suspirando quedo, «¡Adiós!», murmura, y se extinguió la llama de la fe, y aunque todo dice... «¡Ama!», responde el corazón:

«¡Si ya no puedo...!»; cuando sólo escuchamos donde quiera del tedio el gran monologar eterno, y en vano desparrama Primavera su florido caudal en la pradera, porque dentro llevamos el Invierno, bien está... más partir en pleno día, cuando el sol glorifica la jornada, cuando todo en el pecho ama y confía, y la Vida, Julieta enamorada, nos dice:

«¡No te vayas todavía!»; y forma la ilusión mundos de encaje, y los troncos de savia están henchidos y las frondas perfuman los boscajes, y los nidos salpican los frondajes, y las aves arrullan en los nidos, es cruel... mas, entonces, ¿por qué ahora muestra galas el Bosque y luce aliños?

¿Por qué canta el clarín con voz sonora? ¿Por qué nadie está triste, nadie llora delante del recuerdo de esos niños? Porque más que la vida, bien pequeño; porque más que la gloria, que es un sueño; porque más que el amor, vale, de fijo, la divina oblación, y en una losa este bello epitafio:

«Aquí reposa; dio su sangre a la Patria: ¡Era un buen hijo!»

Como renuevos cuyos aliños un viento helado marchita en flor, así cayeron los héroes niños ante las balas del invasor. Descansa, Juventud, ya sin anhelo, serena como un dios, bajo las flores de que es pródigo siempre nuestro suelo; descansa bajo el palio de tu cielo y el santo pabellón de tres colores.

Descansa, y que liricen tus hazañas las voces del terral en los palmares, y las voces del céfiro en las cañas, las voces del pinar en las montañas y la voz de las ondas en los mares.

Descansa, y que tu ejemplo persevere, que el amor al derecho siempre avive; y que en tanto que el pueblo que te quiere murmura en tu sepulcro: «¡Así se muere!», la fama cante en él: «¡Así se vive!».

Como renuevos cuyos aliños un viento helado marchita en flor, así cayeron los héroes niños ante las balas del invasor. Señor, en cuanto a ti, dos veces bravo, que aquí defiendes el hollado suelo tras haber defendido el suelo esclavo, y hoy en el sitio dormirás al cabo donde el águila azteca posó el vuelo;

Señor, en cuanto a ti, que noble y fuerte, llegaste del perdón al heroísmo, perdonando en tu triunfo a quien la muerte dio a tu padre infeliz, y de esta suerte venciéndote dos veces a ti mismo:

¡ven, únete a esos niños como hermano mayor, pues que su gloria fue tu gloria, y llévalos contigo de la mano hacia el solio de Jove soberano y a las puertas de bronce de la Historia!

Los magueyes

Cómo fingen los nobles magueyes, a los rayos del sol tropical, misteriosa corona de reyes, colosos vencidos en pugna mortal!

Majestuosas sus pencas de acero en las tardes parecen soñar... Ellas vieron a Ixcoatl altanero, vestido de pieles y plumas, cruzar... En el monte y el plan y el barranco, de sus venas haciendo merced, con su néctar narcótico y blanco calmaron piadosos del indio la sed.

Con su fibra le dieron un manto, y supieron en él esconder el sutil jeroglífico santo que cuenta a los nuevos las glorias de ayer. Ellos vieron a Anáhuac sentada en sus lagos de plata y zafir, y la vieron después humillada, y al cabo la vieron rendirse y morir.

Majestuosos y nobles magueyes: cuántas veces os oigo contar vuestras viejas historias de reyes, ¡algunas tan tristes que me hacen llorar!

Los sentidos

Niño, vamos a cantar una bonita canción; yo te voy a preguntar, tú me vas a responder: Los ojos, ¿para qué son? —Los ojos son para ver. —¿Y el tacto? —Para tocar. —¿Y el oído? —Para oír. —¿y el gusto? —Para gustar. —¿Y el olfato? —Para oler. —¿El alma? —Para sentir, para querer y pensar.

Los últimos

Dicen que el Arte de los versos esta llamado a perecer; que, pronto, no se oirá una estrofa ni para mal ni para bien; que ni en la faz de las mujeres habrá poesía (por más que Bécquer opine lo contrario...) Tanto mejor, mi rosaté; tanto mejor, mi loto místico; mi lirio cándido, ¡tant mieux!

Cuando la musa el vuelo tienda ya para nunca más volver, yo, con celeste exaltación y de rodillas a tus pies, diré la flor de mis estrofas a tu belleza de mujer. Y en los umbrales de ese mundo lleno de tedio y de aridez tú la postrer inspiradora serás, y yo el cantor postrer.

Los volcanes

Cuando surgen las albas radiosas, los Volcanes nos fingen al par dos inmensos montones de rosas que el mes de las flores olvidó al pasar. Cuando el sol su divino tesoro manda al valle de luz tropical, los Volcanes parecen de oro: dos cúpulas áureas de un templo ideal.

Mas que lleguen las tardes, y, entonces, a su luz los volcanes serán como dos fortalezas de bronces que siempre velando por México están.

Madrigal

Por tus ojos verdes yo me perdía, sirena de aquéllas que Ulises, sagaz; amaba y temía. Por tus ojos verdes yo me perdería.

Por tus ojos verdes en los que, fugaz, brillar suele, a veces, la melancolía; por tus ojos verdes, tan llenos de paz, misteriosos como la esperanza mía; por tus ojos verdes, conjuro eficaz, yo me salvaría.

Mar de la serenidad

Mis ojos se han vuelto claros de tanto mirar el mar; de tanto verlo, en mi vida las olas vienen y van. Mi pensamiento antes frívolo, de tanto mirar el mar se ha vuelto apacible, grave; y es tal su profundidad, que en vano un buzo de almas fondo habría de buscar.

Mis melancolías cantan blandamente, como el mar la misma canción monótona, al mismo viejo compás. En mi corazón, enfriado por la pena y por la edad, reinan la quietud y el hielo del océano glacial. Recogido, silencioso, esquivo y áspero está como una roca perdida en la gris inmensidad.

Sólo hay algo que no tiene mi espíritu como el mar: las cóleras no hay en mí ya vientos de tempestad ni espumas rabiosas. Nada te puede encolerizar, mar muerto, mar de mi alma, «mar de la serenidad».

Me levantaré e iré a mi padre

Para Leopoldo Lugones.

Resuelve tornar al padre No temas, Cristo rey, si descarriado tras locos ideales he partido: ni en mis días de lágrimas te olvido, ni en mis horas de dicha te he olvidado.

En la llaga cruel de tu costado quiere formar el ánima su nido, olvidando los sueños que ha vivido y las tristes mentiras que ha soñado.

A la luz del dolor, que ya me muestra mi mundo de fantasmas vuelto escombros, de tu místico monte iré a la falda, con un báculo: el tedio, en la siniestra; con andrajos de púrpura en los hombros, con el haz de quimeras a la espalda.

De cómo se congratularán del retorno Tornaré como el Pródigo doliente a tu heredad tranquila; ya no puedo la piara cultivar, y al inclemente resplandor de los soles tengo miedo.

Tú saldrás a encontrarme diligente; de mi mal te hablaré, quedo, muy quedo... y dejarás un ósculo en mi frente y un anillo de nupcias en mi dedo; y congregando del hogar en torno a los viejos amigos del contorno, mientras yantan risueños a tu mesa, clamarás con profundo regocijo:

«¡Gozad con mi ventura, porque el hijo que perdido llorábamos, regresa!»

Pondera lo intenso de la futura vida ¡Oh sí!, yo tornaré; tu amor estruja con invencible afán al pensamiento, que tiene hambre de paz y de aislamiento en la mansa quietud de la cartuja.

¡Oh sí!, yo tornaré; ya se dibuja en el fondo del alma, ya presiento la plácida silueta del convento con su albo domo y su gentil aguja...

Ahí, solo por fin conmigo mismo, escuchando en las voces de Isaías tu clamor insinuante que me nombra, ¡cómo voy a anegarme en el mutismo, cómo voy a perderme en las crujías, cómo voy a fundirme con la sombra!

Mexicanas

Con su escolta de rancheros, diez fornidos guerrilleros y en su cuaco retozón que la rienda mal aplaca, Guadalupe la chinaca va a buscar a Pantaleón.

Pantaleón es su marido, el gañán más atrevido con las bestias y en la lid. faz trigueña, ojos de moro y unos músculos de toro y unos ímpetus de Cid.

Cuando mozo fue vaquero, y en el monte y el potrero la fatiga le templó. para todos los reveses, y es terror de los franceses y cien veces lo probó. Con su silla plateada, su chaqueta alamarada, su vistoso cachirul y su lanza de cañotos, cabalgando pencos brutos ¡qué gentil se ve el gandul!

Guadalupe está orgullosa de su prieto; ser su esposa le parece una ilusión, y al mirar que en la pelea Pantaleón no se pandea, grita: ¡viva Pantaleón! ella cura los heridos con remedios aprendidos en el rancho en que nació, y los venda en los combates con los rojos paliacates que la pólvora impregnó.

En aquella madrugada todo halaga su mirada finge pórfido el nopal y los órganos parecen candelabros que se mecen con la brisa matinal. En los planos y en las peñas, el ganado entre las breñas, rumia y trisca mugidor azotándose los flancos, y en los húmedos barrancos busca tunas el pastor.

A lo lejos, en lo alto, bajo un cielo de cobalto que desgarra su capuz, van tiñéndose las brumas, como un piélago de plumas irisadas en la luz. y en las fértiles llanadas, entre milpas retostadas de color, pringan el plan, amapolas, maravillas, zempoalxóchitls amarillas y azucenas de san Juan.

Guadalupe va de prisa de retorno de la misa, que en las fiestas de guardar, nunca faltan las rancheras, como sus flores y sus ceras, a la iglesia del lugar; con su gorra galoneaba, su camisa pespunteada, su gran paño para el sol, su rebozo de bolita, y una saya suavecita y unos bajos de charol; con su faz encantadora, más hermosa que la aurora que colora la extensión, con sus labios de carmines, que parecen colorines, y su cutis de piñón, se dirige al campamento, donde reina el movimiento y hay mitote y hay licor, porque ayer fue bueno el día, pues cayó en la serranía un convoy del invasor.

¡qué mañana tan hermosa! ¡cuánto verde, cuánta rosa y qué linda la extensión! rosa y verde se destaca, con su escolta, la chinaca, que va a ver a Pantaleón.

Mi verso

Querría que mi verso, de guijarro en gema se trocase y en joyero; que fuera entre mis manos como el barro en la mano genial del alfarero.

Que lo mismo que el barro, que a los fines del artífice pliega sus arcillas, fuese cáliz de amor en los festines y lámpara de aceite en las capillas.

Que, dócil a mi afán, tomase todas las formas que mi numen ha soñado, siendo alianza en el rito de las bodas, pastoral en el index del prelado; lima noble que un grillo desmorona o eslabón que remata una cadena, crucifijo papal que nos perdona o gran timbre de rey que nos condena.

Que fingiese a mi antojo, con sus claras facetas en que tiemblan los destellos, florones para todas las tiaras y broches para todos los cabellos; emblema para todos los amores, espejos para todos los encantos, y coronas de astrales resplandores para todos los genios y los santos.

Yo trabajo, mi fe no se mitiga, y, troquelando estrofas con mi sello, un verso acuñaré del que se diga: Tu verso es como el oro sin la liga: radiante, dúctil, poliforme y bello.

Mis muertos

Alma, yo estoy unido con mis muertos, con mis muertos tranquilos e inmutables, con mis pálidos muertos que desdeñan hablar y defenderse, que mataron el mal de la palabra, que solamente miran, que solamente escuchan, con su oído invisible, y con sus ojos cada vez más abiertos, más abiertos en la inmóvil blancura de los cráneos; que en posición horizontal contemplan el callado misterio de la noche y oyen el ritmo de las diamantinas constelaciones en el negro espacio.

Yo vivo con la vida que mis muertos no pudieron vivir. Por ellos hablo, y río por lo que ellos no rieron y por lo que ellos no cantaron, canto, y me embriago de amores y de ensueño ¡por lo que ellos no amaron ni soñaron!

No le habléis de amor

¡Es su faz un trasunto de ideal, tan completo! ¡Son sus ojos azules de tan raro fulgor! Sella todos sus actos un divino secreto... ¡No le habléis de amor! ¡Es tan noble el prestigio de sus manos sutiles! ¡Es tan pálido el rosa de sus labios en flor!

Hay en ella el misterio de los viejos marfiles... ¡No le habléis de amor! Tiene el vago embeleso de las damas de antaño, en los lienzos antiguos en que muere el color... ¡No turbéis el silencio de su espíritu huraño! ¡No le habléis de amor!

No sé quién es...

¿Quién es? —No sé: a veces cruza por mi senda, como el hada del ensueño: siempre sola... siempre muda... siempre pálida... ¿Su nombre? No lo conozco. ¿De dónde viene? ¿Do marcha? ¡Lo ignoro! Nos encontramos, me mira un momento y pasa: ¡Siempre sola...! ¡Siempre triste...! ¡Siempre muda...! ¡Siempre pálida!

Mujer: ha mucho que llevo tu imagen dentro del alma. Si las sombras que te cercan, si los misterios que guardas deben ser impenetrables para todos, ¡calla, calla! ¡Yo sólo demando amores: yo no te pregunto nada! ¿Buscas reposo y olvido? Yo también. El mundo cansa.

Partiremos lejos, lejos de la gente, a tierra extraña; y cual las aves que anidan en las torres solitarias, confiaremos a la sombra nuestro amor y nuestras ansias...

Noche ártica

En el cenit azul, blanco en el yerto y triste plan de la sabana escueta; en los nevados témpanos violeta y en el confín del cielo rosa muerto, despréndese la luna del incierto Sur, amarilla; y en la noche quieta, de un buque abandonado la silueta medrosa se levanta en el desierto.

Ni un rumor... el Silencio y la Blancura celebraron ha mucho en la infinita soledad sus arcanos esponsales, y el espíritu sueña en la ventura de un connubio inmortal con Seraphita bajo un palio de auroras boreales.

Nochebuena

Pastores y pastoras, abierto está el edén. ¿No oís voces sonoras? Jesús nació en Belén. La luz del cielo baja, el Cristo nació ya, y en un nido de paja cual pajarillo está. El niño está friolento. ¡Oh noble buey, arropa con tu aliento al Niño Rey!

Los cantos y los vuelos invaden la extensión, y están de fiesta cielos y tierra... y corazón. Resuenan voces puras que cantan en tropel: «Hosanna en las alturas al Justo de Israel!» ¡Pastores, en bandada venid, venid, a ver la anunciada Flor de David!...

Nocturno

Y vi tus ojos: flor de beleño, raros abismos de luz y sueño; ojos que dejan el alma inerme, ojos que dicen: duerme... duerme... Pupilas hondas y taciturnas, pupilas vagas y misteriosas, pupilas negras, cual mariposa nocturnas.

Bajo las bandas de tus cabellos tus ojos dicen arcanas rimas, y tus lucientes cejas, sobre ellos, fingen dos alas sobre dos simas. ¡oh! plegue al cielo que cuando grita la pena en mi alma dolida e inerme, tus grandes ojos de sulamita murmuren: «duerme»...

Nupcias

Yo quiero que te sigan mis cantares en lujosos y cálidos tropeles, como un vasto cortejo de donceles de honor, hasta el santuario de tus lares. Quiero que, como pétalos dispersos de azahar de simbólica pureza, descienda blandamente a tu cabeza la nieve misteriosa de mis versos.

Quiero que cada estrofa dulce y grave, de este canto de nupcias que te envío, se vuelva cuatro cisnes que en un río de azur, vayan tirando de tu nave.

Quiero que para ti cada cuarteto de este poema, que te ruego acojas, se convierta en un trébol de cuatro hojas que te sirva de mágico amuleto. Y quiero en fin, que sean mis canciones como un puro collar para tu cuello, como un vivo destello en el destello que tus hoy inefables ilusiones.

Y más nieve en tu frente inmaculada, y más rosa en el rosa de tu anhelo, y más oro en el oro de tu pelo, y más luz en la luz de tu mirada.

Sé dichosa entre todas las dichosas, haz de tu alma una tierra prometida, y ve gallardamente por la vida, rimando risas y regando rosas...

Ofrecimiento

Señor, tú regaste los campos de flores que llenan el aires de aroma y frescor, cubriste los cielos de inmensos fulgores y diste a los mares su eterno rumor.

Doquier resplandece tu amor sin segundo; la tierra proclama tu gloria doquier; y en medio a esos himnos que brotan del mundo, yo quiero elevarte mi voz de placer.

Tú en mi alma escondiste la llama secreta que inspira entusiasta mi voz baladí; por eso te ofrezco mis cantos de poeta; pues Tú los inspiras, que vayan a ti.

Perdona el mezquino lenguaje del hombre; perdona si en cambio te pido, Señor, que nunca se aparte del labio tu nombre, que viva en el alma por siempre tu amor.

¡Oh, Cristo!

Ya no hay un dolor humano que no sea mi dolor; ya ningunos ojos lloran, ya ningún alma se angustia sin que yo me angustie y llore; ya mi corazón es lámpara fiel de todas las vigilias, ¡oh, Cristo!

En vano busco en los hondos escondrijos de mi ser para encontrar algún odio: nadie puede herirme ya sino de piedad y amor. Todos son yo, yo soy todos, ¡oh, Cristo! ¡Qué importan males o bienes! Para mí todos son bienes. El rosal no tiene espinas: para mí sólo da rosas.

¿Rosas de pasión? ¡Qué importa! Rosas de celeste esencia, purpúreas como la sangre que vertiste por nosotros, ¡oh, Cristo!

Panorama

Un parque inmenso: con sus glorietas, sus avenidas y sus misterios. Un verde estanque: con su agua inmóvil, con sus barquillas y con sus ánades. Una montaña: con su castillo, con su leyenda, con su fantasma. Una princesa: por entre el bosque, junto al estanque, tras de la almena.

Y sobre de ello, princesa, bosque, castillo, estanque, flotando apenas, mi ensueño.

Parábola

Jesucristo es el buen samaritano, yo estaba malherido en el camino, y con celo de hermano ungió mis llagas con aceite y vino; después, hacia el albergue, no lejano, me llevó de la mano en medio del silencio vespertino. Llegados, apoyé con abandono mi cabeza en su seno. y Él me dijo muy quedo:

«Te perdono tus pecados, ve en paz; sé siempre bueno y búscame: de todo cuanto existe yo soy el manantial, el ígneo centro...» Y repliqué muy pálido y muy triste: «¿Señor, a qué buscar, si nada encuentro?

¡Mi fe se murió cuando partiste, y llevo su cadáver aquí dentro! »Estando Tú conmigo, viviría... Mas tu verbo inmortal todo lo puede: dile que surja en la conciencia mía, resucítala, ¡oh Dios, era mi guía!» Y Jesucristo respondió: «Yo soy la vida»

Pasas por el abismo de mis tristezas

Pasas por el abismo de mis tristezas como un rayo de luna sobre los mares, ungiendo lo infinito de mis pesares con el nardo y la mirra de tus ternezas.

Ya tramonta mi vida, la tuya empiezas; mas, salvando del tiempo los valladares, como un rayo de luna sobre los mares, pasas por el abismo de mis tristezas.

No más en la tersura de mis cantares dejará el desencanto sus asperezas; pues Dios, que dio a los cielos sus luminares, quiso que atravesaras por mis tristezas como un rayo de luna sobre los mares.

Paz lunar

Cuando en la sombría plata del cabello su plata celestial posa la luna, viene a mí una gran paz con su destello: cierta vaga esperanza de algo bello que tiene que llegar sin duda alguna. Un instinto sutil, me dice:

«Lucha y aguarda: lo que sueñas no es mentira; hay quizás un oído que te escucha, y una mano invisible, siempre ducha (no tu mano mortal), hiere tu lira. »En lo más escondido de tu mente, detrás de una enigmática barrera, vive un ser misterioso, un dios silente, un inmortal y arcano subconsciente, y ese tiene razón:

Espera, espera.»

Perlas negras, cinco

¿Ves el sol, apagando su luz pura en las ondas del piélago ambarino? Así hundió sus fulgores mi ventura para no renacer en mi camino. Mira la luna: desgarrando el velo de las tinieblas, a brillar empieza. Así se levantó sobre mi cielo el astro funeral de la tristeza.

¿Ves el faro en la peña carcomida que el mar inquieto con su espuma alfombra? Así radia la fe sobre mi vida, solitaria, purísima, escondida: ¡como el rostro de un ángel en la sombra!

Perlas negras, seis

Rindióme al fin el batallar continuo de la vida social; en la contienda, envidiaba la dicha del beduino que mora en libertad bajo su tienda. Huí del mundo a mi dolor extraño, llevaba el corazón triste y enfermo, y busqué, como Pablo el Ermitaño, la inalterable soledad del yermo.

Allí moro, allí canto, de la vista del hombre huyendo, para el goce muerto, y bien puedo decir como el Bautista: ¡Soy la voz del que clama en el desierto!

Perlas negras, ocho

Al oír tu dulce acento me subyuga la emoción, y en un mudo arrobamiento se arrodilla el pensamiento y palpita el corazón... Al oír tu dulce acento. Canta, virgen, yo lo imploro; que tu voz angelical semeja el rumor sonoro de leve lluvia de oro sobre campo de cristal.

Canta, virgen, yo lo imploro: es de alondra tu garganta, ¡Canta! ¡Qué vagas melancolías hay en tu voz! Bien se ve que son amargos tus días. Huyeron las alegrías, tu corazón presa fue de vagas melancolías. ¡Por piedad! ¡No cantes ya, que tu voz al alma hiere! Nuestro amor, ¿en dónde está?

Ya se fue..., todo se va... Ya murió..., todo se muere... Por piedad, no cantes ya, que la pena me avasalla... ¡Calla!

Perlas negras, doce

Sol esplendente de primavera, a cuyo beso, fresca y lozana, la flor se yergue, la mariposa viola el capullo, la yema estalla; sol esplendente de primavera: ¡yo te aborrezco! porque desgarras las brumas leves, que me circundan como rizado crespón de plata.

A mí me gustan las tardes grises, las melancolías, las heladas, en que las rosas tiemblan de frío, en que los cierzos gimiendo pasan, en que las aves, entre las hojas, el pico esconden bajo del ala.

A mí me gustan esas penumbras indefinibles de la enramada, a cuyo amparo corren las fuentes, surgen los gnomos, las hojas charlan... Sol esplendente de primavera, cede tu gloria, declina, pasa: deja las brumas que me rodean como rizado crespón de plata. Bellas mujeres de ardientes ojos, de vivos labios, de tez rosada, ¡os aborrezco!

Vuestros encantos ni me seducen ni me arrebatan.

A mí me gustan las niñas tristes, a mí me gustan las niñas pálidas, las de apacibles ojos obscuros donde perenne misterio irradia; las de miradas que me acarician bajo el alero de las pestañas... Más que las rosas, amo los lirios y las gardenias inmaculadas; más que claveles de sangre y fuego, la sensitiva mi vista encanta... Bellas mujeres de ardientes ojos, de vivos labios, de tez rosada: pasad en ronda vertiginosa; vuestros encantos no me arrebatan... ********** Himnos vibrantes de las victorias, notas triunfales, bélicas marchas, ¡os aborrezco! porque, al oíros, trémulas huyen mis musas blancas.

A mí me gustan las notas leves... las notas leves... las notas lánguidas, las que parecen suspiros hondos... suspiros hondos de almas que pasan... Chopin: delirio por tus nocturnos; Beethoven: sueño con tus

sonatas: Weber: adoro tu Pensamiento Schubert: me arroba tu Serenata. ¡Oh!

Cuántas veces, bajo el imperio de vuestra música apasionada, Ella me dice: ¿Me quieres mucho? y yo respondo: ¡Con toda el alma! Himnos vibrantes de las victorias, notas triunfales, bélicas marchas: ¡chit! porque huyen al escucharos, trémulas todas, mis musas blancas... Sol esplendente de primavera, lindas mujeres de faz rosada, himnos triunfales...;

¡dejadme a solas con mis ensueños y mis nostalgias! Pálidas brumas que me rodean como rizado crespón de plata, vagas penumbras, niñas enfermas de ojos obscuros y tez de nácar, notas dolientes: ¡venid, que os amo! ¡Venid, que os amo! ¡Tended las alas!

Perlas negras, veintitrés

Cuando me vaya para siempre entierra con mis despojos tu pasión ferviente; a mi recuerdo tu memoria cierra; es ley común que a quien cubrió la tierra el olvido lo cubra eternamente.

A nueva vida de pasión despierta y sé dichosa; si un amor perdiste, otro cariño tocará tu puerta... ¿por que impedir que la esperanza muerta resurja ufana para bien del triste?

Ya ves... Todo renace... Hasta la pálida tarde revive en la mañana hermosa; vuelven las hojas a la rama escuálida, y la cripta que forma la crisálida, es cuna de pintada mariposa.

Tornan las flores al jardín ufano que arropó con sus nieves el invierno; hasta el polo disfruta del verano... ¿por qué no más el corazón humano ha de sufrir el desencanto eterno? Ama de nuevo y sé feliz. Sofoca hasta el perfume de mi amor, si existe;

¡solo te pido que no borres, loca, al sellar otros labios con tu boca, la huella de aquel beso que me diste!

Perlas negras, veintinueve

Yo amaba lo azul con ardimiento: las montañas excelsas, los sutiles crespones de zafir del firmamento, el piélago sin fin, cuyo lamento arrulló mis ensueños juveniles.

Callaba mi laúd cuando despliega cada estrella purísima su broche, el universo en la quietud navega, y la luna, hoz de plata, surge y siega el haz de espesas sombras de la noche.

Cantaba, si la aurora descorría en el Oriente sus rosados velos, si el aljófar al campo descendía, y el sol, urna de oro que se abría, inundaba de luz todos los cielos. Mas hoy amo la noche, la galana, de dulce majestad, horas tranquilas y solemnes, la nubia soberana, la de espléndida pompa americana:

¡La noche tropical de tus pupilas! Hoy esquivo del alba los sonrojos, su saeta de oro me maltrata, y el corazón, sin pena y sin enojos, tan sólo ante lo negro de tus ojos como el iris del búho se dilata. ¿Qué encanto hubiera semejante al tuyo, oh, noche mía? ¡Tu beldad me asombra!

Yo, que esplendores matutinos huyo, ¡dejo el alma que agite, cual cocuyo, sus alas coruscantes en tu sombra! Si siempre he de sentir esa mirada fija en mi rostro, poderosa y tierna, ¡adiós, por siempre adiós, rubia alborada! doncella de la veste sonrosada: ¡que reine en mi redor la noche eterna! ¡Oh, noche!

Ven a mi llena de encanto; mientras con vuelo misterioso avanzas, nada más para ti será mi canto, y en los brunos repliegues de tu manto, su cáliz abrirán mis esperanzas!

Perlas negras, treinta y tres

Amiga, mi larario está vacío: desde que el fuego del hogar no arde, nuestros dioses huyeron ante el frío; hoy preside en sus tronos el hastío las nupcias del silencio y de la tarde.

El tiempo destructor no en vano pasa; los aleros del patio están en ruinas; ya no forman allí su leve casa, con paredes convexas de argamasa y tapiz del plumón, las golondrinas. ¡Qué silencio el del piano!

Su gemido ya no vibra en los ámbitos desiertos; los nocturnos y scherzos han huido... ¡Pobre jaula sin aves! ¡Pobre nido! ¡Misterioso ataúd de trinos muertos! ¡Ah, si vieras tu huerto!

Ya no hay rosas, ni lirios, ni libélulas de seda, ni cocuyos de luz, ni mariposas... Tiemblan las ramas del rosal, medrosas; el viento sopla, la hojarasca rueda. Amiga, tu mansión está desierta; el musgo verdinegro que decora los dinteles ruinosos de la puerta, parece una inscripción que dice: ¡Muerta! El cierzo pasa, y suspirando:

¡Llora!

Perlas negras, cuarenta y dos

Yo también, cual los héroes medievales que viven con la vida de la fama, luché por tres divinos ideales: ¡por mi Dios, por mi Patria y por mi Dama!

Hoy que Dios ante mí su faz esconde, que la Patria me niega su ternura de madre, y que a mi acento no responde la voz angelical de la Hermosura, rendido bajo el peso del destino esquivando el combate, siempre rudo, heme puesto a la vera del camino, resuelto a descansar sobre mi escudo.

Quizá mañana, con afán contrario, ajustándome el casco y la loriga, de nuevo iré tras el combate diario, exclamando: ¡Quién me ame, que me siga!

Mas hoy dejadme, aunque a la gloria pese, dormir en paz sobre mi escudo roto; dejad que en mi redor el ruido cese, que la brisa noctívaga me bese y el Olvido me dé su flor de loto.

Por esa puerta

Por esa puerta huyó diciendo: «¡nunca!» Por esa puerta ha de volver un día ... Al cerrar esa puerta dejó trunca la hebra de oro de la esperanza mía. Por esa puerta ha de volver un día.

Cada vez que el impulso de la brisa, como una mano débil indecisa, levemente sacude la vidriera, palpita más aprisa, más aprisa, mi corazón cobarde que la espera. Desde mi mesa de trabajo veo la puerta con que sueñan mis antojos y acecha agazapando mi deseo en el trémulo fondo de mis ojos.

¿Por cuánto tiempo, solitario, esquivo, he de aguardar con la mirada incierta a que Dios me devuelva compasivo a la mujer que huyó por esa puerta?

¿Cuándo habrán de temblar esos cristales empujados por sus manos ducales, y, con su beso ha de llegar a ellas, cual me llega en las noches invernales el ósculo piadoso de una estrella? ¡Oh Señor!, ya la pálida está alerta; ¡oh Señor, cae la tarde ya en mi vía y se congela mi esperanza yerta!

¡Oh, Señor, haz que se abra al fin la puerta y entre por ella la adorada mía!... ¡Por esa puerta ha de volver un día!

Pues busco, debo encontrar

Pues busco, debo encontrar. Pues llamo, débenme abrir. Pues pido, me deben dar. Pues amo, débenme amar. Aquél que me hizo vivir. ¿Calla? Un día me hablará. ¿Me pone a prueba? Soy fiel. ¿Pasa? No lejos irá; pues tiene alas mi alma, y va volando detrás de Él.

Es poderoso, más no podrá mi amor esquivar. Invisible se volvió, mas ojos de lince yo tengo y le habré de mirar. Alma, sigue hasta el final en pos del Bien de los bienes. y consuélate en tu mal pensando como Pascal: «¿Le buscas? ¡Es que le tienes!

Que se cumplan tus anhelos

Véngate del mundo siendo mejor que el mundo. ¿Dices que en el mundo reina la crueldad? Pues sé tu piadoso. ¿Dices que impera la fuerza bruta? Pues respeta tú a los débiles. ¿Dices que la injusticia hiere a los buenos? Pues tú se justo hasta con los malos.

¿Afirmas que en un planeta donde acontecen tantos horrores no es posible encontrar la huella de Dios? Pues que esa huella se encuentre en tu espíritu y en tu corazón: te aseguro que basta y sobra.

¿Quién es Damiana?

La mujer que, en mi lozana juventud, pudo haber sido —si Dios hubiera querido— mía en el paisaje interior de un paraíso de amor y poesía; la que, prócer o aldeana «mi aldeana» o «mi princesa» se hubiera llamado, ésa es, en mi libro, Damiana.

La hija risueña y santa, gemela de serafines, libélula en mis jardines quizá, en mi feudo infanta; la que pudo dar al alma fe, vigor al esfuerzo, tino al obrar, ¡la que no vino por mucho que la llamé!; la que aún en mi frente besa desde una estrella lejana, ésa es, en mi libro, Damiana.

Y aquélla que me miró, no sé en que patria querida y, tras mirarme, pasó (desto hace más de una vida), y al mirarme parecía que se decía: —» Si pudiera detenerme te amara...»

La que esto, al verme, con los ojos repetía; la que, sentado a la mesa del festín real, con vana inquietud aguardado, ésa es, en mi libro, Damiana.

La que con noble pergeño suele fluida vagar como un fantasma lunar por la zona de mi ensueño; la que fulge en los ocasos, que son nobleza del día; la que, en la melancolía de mi alcoba, finge pasos; la que, puestos a la ventana, con un afán que no cesa, aguardo hace un siglo, ésa es, en mi libro, Damiana.

Todo lo noble y hermoso que no fue; todo lo bello y amable y amable que no vino; y lo vago y misterioso que pensé, y lo puro y lo inefable y lo divino; el enigma siempre claro de la mañana, y el enigma por las tardes inexpreso; amor, sueños, ideal, esencia, arcana... todo eso, todo eso, todo eso, tiene un nombre en estas páginas:

¡Damiana!

Renunciación

¡Oh, siddharta gautama!, tú tenías razón: las angustias nos vienen del deseo; el edén consiste en no anhelar, en la renunciación completa, irrevocable, de toda posesión; quien no desea nada, dondequiera está bien.

El deseo es un vaso de infinita amargura, un pulpo de tentáculos insaciables, que al par que se cortan, renacen para nuestra tortura. El deseo es el padre del esplín, de la hartura, ¡y hay en él más perfidias que en las olas del mar!

Quien bebe como el Cínico el agua con la mano, quien de volver la espalda al dinero es capaz, quien ama sobre todas las cosas al Arcano, ¡ése es el victorioso, el fuerte, el soberano... y no hay paz comparable con su perenne paz!

Réquiem

¡Oh, Señor, dios de los ejércitos, eterno Padre, eterno Rey, por este mundo que creaste con la virtud de tu poder; porque dijiste: la luz sea, y a tu palabra la luz fue; porque coexistes con el Verbo, porque contigo el Verbo es desde los siglos de los siglos y sin mañana y sin ayer, requiem aeternam dona eis, Domine, el lux perpetua luceat eis!

¡Oh, Jesucristo, por el frío de tu pesebre de Belén, por tus angustias en el Huerto, por el vinagre y por la hiel, por las espinas y las varas con que tus carnes desgarré, y por la cruz en que borraste todas las culpas de Israel;

Hijo del Hombre, desolado, trágico Dios, tremendo Juez: requiem aeternam dona eis, Domine, el lux perpetua luceat eis!

Divino Espíritu, Paráclito, aspiración del gran Iavéh, que unes al Padre con el Hijo, y siendo El Uno sois los Tres; por la paloma de alas níveas, por la inviolada doncellez de aquella Virgen que en su vientre llevó al Mesías Emmanuel; por las ardientes lenguas rojas con que inspiraste ciencia y fe a los discípulos amados de Jesucristo, nuestro bien:

¡requiem aeternam dona eis, Domine, el lux perpetua luceat eis!

Ródeuse

Si te toman pensativa los desastres de las hojas que revuelan crepitando por el amplio bulevar; si los cierzos te insinúan no sé qué vagas congojas y nostalgias imprecisas y deseos de llorar; si el latido luminoso de los astros te da frío; si incurablemente triste ves al Sena resbalar, y el reflejo de los focos escarlatas sobre el río se te antoja que es la estela de algún trágico navío donde llevan los ahogados de la Morgue a sepultar;

¡Pobrecita! ven conmigo: deja ya las puentes yermas. Hay un alma en estas noches a las tísicas hostil, y un vampiro disfrazado de galón que busca enfermas, que corteja a las que tosen y que, a poco que te duermas, chupará con trompa inmunda tus pezones de marfil.

Sed

Cada día que pasa sin lograr que me quiera es un día perdido... ¡Oh Señor, no permitas por piedad que me muera sin que me haya querido! Porque entonces mi espíritu, con su sed no saciada con su anhelo voraz, errará dando tumbos por la noche estrellada, como pájaro loco, sin alivio ni paz...

Señor, dame tu amor...

Señor, dame tu amor. Llena el vacío de un corazón que por amar delira; que broten los acentos de mi lira no más para cantarte. ¡Dueño mío! No llena el mundo mi anhelar eterno, no mitiga mis férvidos ardores. La inmensa plenitud de los amores sólo en Ti la hallaré, Corazón tierno. Quiero amarte, Señor.

Yo soy un ciego que necesita luz, pobre proscrito de tu plácido edén, alma de fuego que sólo satisface lo infinito. Quiero amarte, Señor.

Tu amor reclamo: quiero bañar tus plantas con mi lloro; vivir diciendo sólo que te adoro, morir diciendo sólo que te amo; posar, lleno de férvido embeleso, mis labios en tus llagas sacrosantas, y expirar de delicias a tus plantas exhalando mi espíritu en un beso.

Si amas a Dios

Si amas a dios, en ninguna parte has de sentirte extranjero, porque Él estará en todas las regiones, en lo más dulce de todos los paisajes, en el límite indeciso de todos lo horizontes.

Si amas a Dios, en ninguna parte estarás triste, porque, a pesar de la diaria tragedia Él llena de júbilo el Universo. Si amas a Dios, no tendrás miedo de nada ni de nadie, porque nada puedes perder y todas las fuerzas del cosmos, serían impotentes para quitarte tu heredad.

Si amas a Dios, ya tienes alta ocupación para todos los instantes, porque no habrá acto que no ejecutes en su nombre, ni el más humilde ni el más elevado. Si amas a Dios, ya no querrás investigar los enigmas, porque lo llevas en él, que es la clave y resolución de todos.

Si amas a Dios, ya no podrás establecer con angustia una diferencia entre la vida y la muerte, porque en Él estás y Él permanece incólume a través de todos los cambios.

¡Silencio!

Ufanía de mi hombro, cabecita rubia, nido de amor, rizado y sedeño: ¡por Dios, a nadie digas que nunca te nombro; por Dios, a nadie digas que nunca te olvido; por Dios, a nadie digas que siempre te sueño!

Silenciosamente

Silenciosamente miraré tus ojos, silenciosamente asiré tus manos; silenciosamente, cuando el sol poniente nos bañe en sus rojos fuegos soberanos, posaré mis labios en tu limpia frente, y nos besaremos como dos hermanos. Ansío ternuras castas y cordiales, dulces e indulgentes rostros compasivos, mano tibias... ¡tibias manos fraternales!, ojos claros... ¡claros ojos pensativos!

Ansío regazos que a entibiar empiecen mis otoños; alma que con mi alma oren; labios virginales que conmigo recen; diáfanas pupilas que conmigo lloren.

Si tú me dices «ven»

Si tú me dices: «¡ven!», lo dejo todo... No volveré siquiera la mirada para mirar a la mujer amada... Pero dímelo fuerte, de tal modo que tu voz, como toque de llamada, vibre hasta en el más íntimo recodo del ser, levante el alma de su lodo y hiera el corazón como una espada.

Si Tú me dices: «¡Ven!», todo lo dejo. Llegaré a tu santuario casi viejo, y al fulgor de la luz crepuscular; mas he de compensarte mi retardo, difundiéndome, ¡oh Cristo!, como un nardo de perfume sutil, ante tu altar.

Si una espina me hiere...

¡Si una espina me hiere, me aparto de la espina, ...pero no la aborrezco! Cuando la mezquindad envidiosa en mí clava los dardos de su inquina, esquívase en silencio mi planta, y se encamina hacia más puro ambiente de amor y caridad. ¿Rencores? ¡De qué sirven! ¡Qué logran los rencores!

Ni restañan heridas, ni corrigen el mal.

Mi rosal tiene apenas tiempo para dar flores, y no prodiga savias en pinchos punzadores: si pasa mi enemigo cerca de mi rosal, se llevará las rosas de más sutil esencia; y si notare en ellas algún rojo vivaz, ¡será el de aquella sangre que su malevolencia de ayer, vertió, al herirme con encono y violencia, y que el rosal devuelve, trocada en flor de paz!

Sol

Mi alma, serena vive y sumisa maté tristezas, ansia, inquietud. Sobre el desastre de mi salud, brilla el sol claro de mi sonrisa. Nada mi firme sosiego altera. La vida amasa barro a mis pies; pero mi frente más limpia es que un mediodía de primavera.

Doliente amigo: ven de mí en pos, si estás por sombras obscurecido, yo con los tristes mi sol divido: ¡hay luz bastante para los dos!

Sonetino

Alba en sonrojos tu faz parece: ¡no abras los ojos, porque anochece! Cierra —si enojos la luz te ofrece los labios rojos, ¡porque amanece! Sombra en derroches, luz: ¡sois bien mías! Ojos oscuros: ¡muy buenas noches! Labios maduros: ¡muy buenos días!

Soñar es ver

Soñar es ver: un ángel que llega calladito deshace nuestras vendas con dedos marfileños... La noche es de los dioses; soñando, los visito. ¡Quién sabe que ventanas que dan al Infinito! nos abren los ensueños.

Tan rubia es la niña que...

Tan rubia es la niña que que cuando hay sol, no se la ve. Parece que se difunde en el rayo matinal, que con la luz se confunde su silueta de cristal, tinta en rosas, y parece que en la claridad del día se desvanece la niña mía.

Si se asoma mi Damiana a la ventana, y colora la aurora su tez lozana de albérchigo y terciopelo, no se sabe si la aurora ha salido a la ventana antes de salir al cielo. Damiana en el arrebol de la mañanita se diluye y, si sale el sol, por rubia... no se la ve.

Tanto amor

Hay tanto amor en mi alma que no queda ni el rincón más estrecho para el odio. ¿Dónde quieres que ponga los rencores que tus vilezas engendrar podrían?

Impasible no soy: todo lo siento, lo sufro todo... Pero como el niño a quien hacen llorar, en cuanto mira un juguete delante de sus ojos se consuela, sonríe, y las ávidas manos tiende hacia él sin recordar la pena, así yo, ante el divino panorama de mi idea, ante lo inenarrable de mi amor infinito, no siento ni el maligno alfilerazo ni la cruel afilada ironía, ni escucho la sarcástica risa.

Todo lo olvido, porque soy sólo corazón, soy ojos no más, para asomarme a la ventana y ver pasar el inefable Ensueño, vestido de violeta, y con toda la luz de la mañana, de sus ojos divinos en la quieta limpidez de la fontana...

Tú

Y por fin vienes tú; con el sedeño pelo arropas mi frente atormentada, y al oído me dices:

—Pobre dueño, lo mejor de mi ser es ser sueño, un copito de luz, un eco, nada... Y suspiras «¡Adiós!»; y en el tranquilo azul, donde cada astro es como un broche de trémulo cristal, hallas asilo; mientras surge el menguante y, con su filo, ¡guillotina la testa de la noche!

Tú

Señor, Señor, tú antes, tú después; tú en la inmensa hondura del vacío y en la hondura interior: Tú en la aurora que canta y en la noche que piensa; Tú en la flor de los cardos y en los cardos sin flor. Tú en el cenit aun tiempo y en el nadir;

Tú en todas las transfiguraciones y en todo el padecer; Tú en la capilla fúnebre y en la noche de bodas; Tú en el beso primero y en el beso postrer. Tú en los ojos azules y en los ojos obscuros;

Tú en la frivolidad quinceañera, y también en las graves ternezas de los años maduros; Tú en la más negra sima, Tú en el más alto edén. Si la ciencia engreída no te ve, yo te veo; si sus labios te niegan, yo te proclamaré. Por cada hombre que duda, mi alma grita: Yo creo.

¡Y con cada fe muerta se agiganta mi fe!

Una flor en el camino

La muerta resucita cuando a tu amor me asomo, la encuentro en tus miradas inmensas y tranquilas, y en toda tú... Sois ambas tan parecidas como tu rostro, que dos veces se copia en mis pupilas.

Es cierto: aquélla amaba la noche radiosa, y tú siempre en las albas tu ensueño complaciste. (Por eso era más lirio, por eso eres más rosa.) Es cierto, aquélla hablaba; tú vives silenciosa, y aquélla era más pálida; pero tú eres más triste.

Uno con Él

Eres uno con dios, porque le amas. ¡Tu pequeñez qué importa y tu miseria, eres uno con Dios, porque le amas! Le buscaste en los libros, le buscaste en los templos, le buscaste en los astros, y un día el corazón te dijo, trémulo:

«aquí está», y desde entonces ya sois uno, ya sois uno los dos, porque le amas. No podrían separaros ni el placer de la vida ni el dolor de la muerte.

En el placer has de mirar su rostro, en el dolor has de mirar su rostro, en vida y muerte has de mirar su rostro. «¡Dios!» dirás en los besos, dirás «Dios» en los cantos, dirás «¡Dios!» en los ayes.

Y comprendiendo al fin que es ilusorio todo pecado (como toda vida), y que nada de Él puede separarte, uno con Dios te sentirás por siempre: uno solo con Dios, porque le amas.

Via, veritas et vita

Ver en todas las cosas del Espíritu incógnito las huellas; contemplar sin cesar, en las diáfanas noche misteriosas, la santa desnudez de las estrellas... ¡Esperar! ¡Esperar! ¿Qué? ¡Quién sabe! Tal vez una futura y no soñada paz... Sereno y fuerte, correr esa aventura sublime y portentosa de la muerte.

Mientras, amarlo todo... y no amar nada, sonreír cuando hay sol y cuando hay brumas; cuidar de que en la áspera jornada no se atrofien las alas, ni oleada de cieno vil ensucie nuestras plumas. Alma: tal es la orientación mejor, tal es el instintivo derrotero que nos muestra un lucero interior.

Aunque nada sepamos del destino, la noche a no temerlo nos convida. Su alfabeto de luz, claro y divino, nos dice: «Ven a mí: soy el Camino, la Verdad y la Vida».

Vieja llave

Esta llave cincelada que en un tiempo fue, colgada, (del estrado a la cancela, de la despensa al granero) del llavero de la abuela, y en continuo repicar inundaba de rumores los vetustos corredores; esta llave cincelada, si no cierra ni abre nada, ¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero, la gran arca se vendió; sólo en un baúl de cuero, desprendida del llavero, esta llave se quedó. Herrumbrosa, orinecida, como el metal de mi vida, como el hierro de mi fe, como mi querer de acero, esta llave sin llavero ¡nada es ya de lo que fue!

Me parece un amuleto sin virtud y sin respeto; nada abre, no resuena... ¡me parece un alma en pena! Pobre llave sin fortuna ...y sin dientes, como una vieja boca; si en mi hogar ya no cierras ni abres nada, pobre llave desdentada, ¿para qué te he de guardar?

Sin embargo, tú sabías de las glorias de otros días: del mantón de seda fina que nos trajo de la China la gallarda, la ligera española nao fiera.

Tú sabías de tibores donde pájaros y flores confundían sus colores; tú, de lacas, de marfiles y de perfumes sutiles de otros tiempos; tu cautela conservaba la canela, el cacao, la vainilla, la suave mantequilla, los grandes quesos frescales y la miel de los panales, tentación del paladar; mas si hoy, abandonada, ya no cierras ni abres nada, pobre llave desdentada, ¿para qué te he de guardar?

Tu torcida arquitectura es la misma del portal de mi antigua casa obscura (que en un día de premura fue preciso vender mal).

Es la misma de la ufana y luminosa ventana donde Inés, mi prima, y yo nos dijimos tantas cosas en las tardes misteriosas del buen tiempo que pasó... Me recuerdas mi morada, me retratas mi solar; mas si hoy, abandonada, ya no cierras ni abres nada, pobre llave desdentada, ¿para qué te he de guardar?

Viejo estribillo

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente, de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna? —Es un rayo de luna que se baña en la fuente, es un rayo de luna... ¿Quién gritando mi nombre la morada recorre? ¿Quién me llama en las noches con tan trémulo acento?

—Es un soplo de viento que solloza en la torre, es un soplo de viento... ¿Di, quién eres, arcángel cuyas alas se abrasan en el fuego divino de la tarde y que subes por la gloria del éter?

—Son las nubes que pasan; mira bien, son las nubes... ¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío? Lluvia son de diamantes en azul terciopelo. —Es la imagen del cielo que palpita en el río, es la imagen del cielo... ¡Oh, Señor! ¡La belleza sólo es, pues, espejismo!

Nada más Tú eres cierto: sé Tú mi último Dueño. ¿Dónde hallarte, en el éter, en la tierra, en mí mismo? —Un poquito de ensueño te guiará en cada abismo, un poquito de ensueño...

Y el Buda de basalto sonreía

Aquella tarde, en la alameda, loca de amor, la dulce idolatrada mía me ofreció la eglantina de su boca. Y el Buda de basalto sonreía... Otro vino después, y sus hechizos me robó; dile cita, y en la umbría nos trocamos epístolas y rizos.

Y el Buda de basalto sonreía... Hoy hace un año del amor perdido. Al sitio vuelvo y, como estoy rendido tras largo caminar, trepo a lo alto del zócalo en que el símbolo reposa. Derrotado y sangriento muere el día, y en los brazos del Buda de basalto me sorprende la luna misteriosa.

Yo no soy demasiado sabio

Yo no soy demasiado sabio para negarte, Señor; encuentro lógica tu existencia divina; me basta con abrir los ojos para hallarte; la creación entera me convida a adorarte, y te adoro en la rosa y te adoro en la espina. ¿Qué son nuestras angustias para querer por argüirte de cruel?

¿Sabemos por ventura si tú con nuestras lágrimas fabricas las estrellas, si los seres más altos, si las cosas más bellas se amasan con el noble barro de la amargura? Esperemos, suframos, no lancemos jamás a lo Invisible nuestra negación como un reto. Pobre criatura triste, ¡ya verás, ya verás!

La Muerte se aproxima... De sus labios oirás el celeste secreto!

Yo vengo de un brumoso país lejano

Yo vengo de un brumoso país lejano regido por un viejo monarca triste... Mi numen sólo busca lo que es arcano, mi numen sólo adora lo que no existe; tú lloras por un sueño que está lejano, tú aguardas un cariño que ya no existe, se pierden tus pupilas en el arcano como dos alas negras, y estás muy triste.

Eres mía: nacimos de un mismo arcano y vamos, desdeñosos de cuanto existe, en pos de ese brumoso país lejano, regido por un viejo monarca triste...